

Jack London

El llamado de la selva

Jack London

El llamado de la selva

CAPÍTULO 1

HACIA EL HELADO NORTE

Viejos anhelos nómadas se encienden,
Debilitando la cadena de la costumbre;
Otra vez de un sueño milenario
despierta la sangre feroz de los antepasados.

Buck no leía los diarios, pues, si así fuera, se habría enterado de que se preparaban dificultades, no sólo para él, sino también para todos los perros de músculos fuertes y largo pelaje, desde Puget Scound hasta San Diego. Porque los hombres, andando a tientas por la oscuridad ártica, habían hallado un metal amarillo, y porque las compañías de vapores y de transportes agrandaban aún más el hallazgo, miles de hombres se lanzaban hacia la tierra del norte. Esos hombres necesitaban perros de músculos fuertes para el trabajo, y de espeso pelaje para que los protegiera del frío.

Buck vivía en una amplia casa del soleado Valle de Santa Clara. Se llamaba la propiedad del juez Miller, y se elevaba a cierta distancia del camino, medio oculta entre los árboles, por entre los cuales podía divisarse la amplia y fresca galería que la rodeaba por los cuatro costados. Se llegaba a la mansión por caminos de grava que serpenteaban a través de amplios parques y debajo de las ramas entrelazadas de los elevados álamos.

En la parte trasera, la propiedad tenía dimensiones mucho más espaciosas que en el frente. Había allí enormes establos, en los que una docena de mozos de cuadra y de muchachos eran dueños de todo, hileras de casitas cubiertas de enredaderas, e interminables y ordenadas filas de casetas de guardia, largas galerías cubiertas por el parral, verdes prados, huertas, y plantíos de moras y frutillas. Además, estaba ubicada allí la bomba para el pozo artesiano, y un amplio tanque de cemento en el que los hijos del juez Miller tomaban su baño matutino y se aliviaban del calor de las tardes del verano.

Y en esa extensa propiedad gobernaba Buck. Allí había nacido, y allí vivió los cuatro años de su vida. Es cierto que había otros perros. Imposible que no los hubiera en una propiedad tan extensa, pero los otros no tenían importancia. Iban y venían, ocupaban las populosas

perreras, o vivían oscuramente en el interior de la casa, como Toots, el faldero japonés, o Isabel, la mejicana: criaturas extrañas que raramente sacaban la nariz fuera de las puertas o posaban sus pies sobre el suelo. Por otra parte, estaban los fox-terriers, una veintena de ellos por lo menos, que ladraban amenazadoras promesas a Toots e Isabel cuando éstos se asomaban a las ventanas protegidas por una legión de mucamas armadas con escobas y estropajos.

Pero Buck no era ni un perro de casa ni de perrera. Toda la propiedad era suya. Se zambullía en el tanque o salía de caza con los hijos del juez; escoltaba a Mollie y Alice, las hijas del juez, en sus correrías nocturnas o matutinas; las noches ventosas se echaba a los pies del juez frente al alegre fuego de la biblioteca; llevaba a los nietos del anciano caballero sobre su lomo, o los hacía rodar por el césped, y cuidaba celosamente sus pasos en sus aventuras cerca de la fuente y aún más lejos, en el sitio donde se hallaban las dehesas y los plantíos de moras y frutillas. Entre los fox-terriers marchaba con paso majestuoso, e ignoraba por completo a Toots e Isabel, pues él era el rey: rey situado muy por encima de todas las cosas que se arrastraban, caminaban o volaban en la casa del juez Miller, incluyendo a los humanos.

Su padre, Elmo, un enorme San Bernardo, había sido el inseparable compañero del juez, y Buck seguía los pasos de su padre. No era tan corpulento –sólo pesaba ciento cuarenta libras- pues su madre, Shep, había sido una perra de pastor escocesa. Sin embargo, las ciento cuarenta libras, a las que se agregaba la dignidad propia del buen vivir y del respeto universal, le capacitaban para comportarse de manera aristócrata.

Durante los cuatro años transcurridos desde su nacimiento, vivió la vida de un aristócrata; estaba dotado de un fino orgullo de sí mismo, era un poquitín egoísta, como suelen llegar a serlo los caballeros del campo debido a su posición en la vida. Pero se había salvado a sí mismo al no convertirse en un mimado perro casero. Caza y los otros placeres al aire libre le habían mantenido libre de grasa y endurecieron sus músculos; y para él la afición al agua fue un tónico y un conservador de su salud.

Así era el perro Buck al llegar el otoño de 1897, época en que el descubrimiento de oro en el Klondike impulsó a los hombres de todo el mundo hacia el helado norte. Pero Buck no leía los diarios, y no sabía que Manuel, uno de los ayudantes del jardinero, era una amistad poco deseable. Manuel tenía un vicio: le gustaba jugar a la lotería china. Además, al jugar, era víctima de una debilidad que lo arruinaba: fe en un sistema; y esto hizo segura su condenación. Pues para jugar de acuerdo a un sistema se necesita dinero, mientras que el salario del ayudante de un jardinero apenas si alcanza para cubrir las necesidades de una esposa y su numerosa progenie.

El juez había asistido a una reunión de la Asociación de Plantadores, y los muchachos estaban ocupados organizando un club atlético, durante la noche memorable de la traición de Manuel. Nadie los vio a él y a Buck salir por la huerta, en lo que Buck imaginó ser meramente un paseo. Y con la excepción de un hombre solitario, nadie los vio llegar al apeadero del ferrocarril conocido con el nombre de College Park. Ese hombre conversó con Manuel, y cierta cantidad de dinero cambió de mano.

- Podría envolver la mercadería antes de entregarla- gruño el desconocido, y Manuel coloco un trozo de gruesa cuerda en el cuello de Buck, por debajo del collar.
- Tuérzala, y le hará perder el aliento- dijo Manuel.

El desconocido gruñó una afirmación.

Buck había aceptado la cuerda con tranquila dignidad. Claro está que le llamó la atención la forma de obrar de Manuel; pero había aprendido a confiar en los hombres que conocía, y a darles crédito por una sabiduría mayor que la de él. Pero cuando el extremo de la cuerda fue colocada en manos del desconocido, gruñó en forma amenazadora. Sólo insinuó su desagrado, pues su orgullo le hacia creer que insinuar era ordenar. Pero, para su gran sorpresa, la cuerda se ajustó alrededor de su cuello, cortándole la respiración. Dominado por la furia, saltó sobre el hombre, quien le salió al encuentro a mitad de camino, le asió por la garganta, y con una rápida torsión de la cuerda le hizo caer al suelo. Luego, la cuerda se ajustó con fuerza, mientras Buck luchaba furioso, con la lengua afuera y el enorme pecho subiendo y bajando inútilmente. Nunca lo habían tratado tan vilmente en toda su vida, y nunca se había sentido tan furioso. Pero su fortaleza fue decreciendo, sus ojos se pusieron vidriosos, y no se dio cuenta cuando se detuvo el tren y los dos hombres lo arrojaron dentro del furgón de los equipajes.

La primera sensación que experimentó fue de que le dolía la lengua y de que viajaban en alguna especie de vehículo. El agudo silbato de una locomotora le dijo bien a las claras donde se hallaba. Demasiado a menudo había viajado con el juez para no conocer la sensación de viajar en un furgón de equipajes. Abrió los ojos y se reflejó en ellos la ira incontenible del rey secuestrado. El hombre trató de asirle por la garganta, pero Buck fue más rápido. Sus mandíbulas se cerraron sobre la mano, y no soltaron su asidero hasta que perdió nuevamente el conocimiento a causa de la cuerda que le ajustaba el cuello.

- Sí, le dan ataques – decía el hombre, ocultando su mano herida de los ojos del encargado del furgón, a quien atrajeron los sonidos de la lucha -. Lo llevo a San Francisco por encargo del patrón. Un veterinario de allí cree que podrá curarlo.

Con respecto al viaje de esa noche, el hombre habló muy elocuentemente en un cobertizo levantado en la trasera de un despacho de bebidas del muelle de San Francisco.

- Todo lo que gano son cincuenta – refunfuñó – y no volvería a hacerlo ni por mil dólares al contado rabioso

Tenía la mano vendada con un pañuelo manchado de sangre, y la pernera derecha del pantalón estaba hecha tiras desde la rodilla hasta el tobillo.

- ¿Cuánto ganó el otro tipo? – preguntó el tabernero.
- Cien – fue la respuesta -. No quiso venderlo ni por un centavo menos.
- Con eso son ciento cincuenta – calculó el tabernero -, y los vale, o soy un idiota.

El secuestrador deshizo el sangriento vendaje y se miró la mano lacerada.

- Si no me enfermo de hidrofobia…
- Será porque naciste para morir en la horca – le interrumpió el tabernero con una risotada -. Ven, dame una mano antes de irte – agregó.

Aturdido y sufriendo un dolor intolerable en la garganta y la lengua, medio ahogado por la cuerda, Buck intentó hacer frente a sus atormentadores; pero lo arrojaron al suelo y le apretaron la cuerda repetidas veces, hasta que lograron limar el pesado collar de bronce que tenía al cuello. Luego le quitaron la cuerda y lo arrojaron dentro de un esqueleto de madera parecido a una jaula.

Allí descansó durante el resto de esa larga noche, dominado por su ira y por su orgullo herido. No podía entender el significado de lo que ocurría. ¿Qué querían de él esos desconocidos? ¿Por qué lo tenían encerrado en esa reducida jaula? No sabía porqué, pero se sentía oprimido por el vago presentimiento de un desastre eminente. Varias veces durante la noche, se paró de un salto cuando se abría la puerta del cobertizo, esperando ver al juez, o por lo menos a sus hijos; pero todas las veces era la cara del tabernero la que lo observaba a la luz mortecina de una vela de sebo. Y cada vez que así ocurría, el ladrido gozoso que asomaba a la garganta de Buck se convertía en un gruñido salvaje.

Pero el tabernero lo dejó tranquilo, y a la mañana siguiente entraron cuatro hombres y cargaron con la jaula. Más torturadores, pensó Buck, pues eran criaturas de aspecto repugnante, astrosos y harapientos; y les gruñó furiosamente por entre los barrotes. Ellos no hicieron más que reír y molestarlo con palillos, a los que el perro asía con los dientes hasta que se dio cuenta de que eso era lo que los hombres querían. Por tanto, se echó en actitud hosca y dejó que cargaran la jaula en una carreta. Luego él, y la jaula en la que estaba prisionero, comenzaron a pasar de mano en mano. Los empleados de la compañía de transporte se hicieron cargo de él; lo acarrearon en otra carreta; un camión lo llevó, junto con una variedad de cajones y paquetes, hasta un vapor; del vapor fue a parar al depósito del ferrocarril, y finalmente lo depositaron en un vagón de carga.

Durante dos días y noches ese vagón de carga fue arrastrado por ruidosas locomotoras; y durante dos días y noches, Buck no comió ni bebió. En su ira, recibió los avances amistosos de los empleados del ferrocarril con gruñidos salvajes, y aquéllos le retribuyeron molestándolo. Cuando se arrojaba contra los barrotes, tembloroso y arrojando espuma por la boca, se reían de él y lo llenaban de improperios. Gruñían y ladraban como perros detestables, maullaban, y movían los brazos y cacareaban. Todo era una tontería, él no lo ignoraba; pero resultaba por esa causa un insulto más a su dignidad, y su furia aumentaba por momentos. No le molestaba tanto el hambre, pero la falta de agua le producía severos sufrimientos y alimentaba su furia hasta convertirla en una fiebre maligna. Por esa causa, nervioso y terriblemente sensitivo, los malos tratos le produjeron un estado febril, empeorado por la inflamación de su garganta seca y su lengua hinchada.

Una cosa le alegraba: la cuerda no le ajustaba ya el cuello. Eso les había dado a los hombres una ventaja desleal; pero ahora no la tenía, y ya les mostraría de lo que él era capaz. Nunca más volverían a ponerle una cuerda al cuello. De eso estaba seguro.

Durante dos días y noches no comió ni bebió, y durante esos dos días y noches de tormento acumuló una furia que presagiaba males para el primero que se le pusiera al alcance de sus colmillos. Sus ojos se enrojecieron, y se metamorfoseó en una bestia salvaje. Estaba tan cambiado que ni el mismo juez hubiera sido capaz de reconocerlo; y los empleados del ferrocarril suspiraron aliviados cuando lo descargaron del tren en Seattle.

Cuatro hombres sacaron cuidadosamente la jaula del vagón y la llevaron a un patio pequeño y rodeado de altas paredes. Un individuo fornido, de tricota roja, salió al patio y firmó recibo por el esqueleto. Buck adivinó que ese hombre sería su atormentador, y se arrojó con salvajismo contra los barrotes. El hombre sonrió ceñudo, y se munió de un hacha y un garrote.

- No lo sacará ahora, ¿eh? – preguntó uno de los que lo descargaron del vagón.
- Seguro que sí – repuso el otro, golpeando el esqueleto con el hacha.

Instantáneamente se alejaron los cuatro hombres que lo llevaron, y desde lugares seguros sobre la pared se prepararon para observar la función.

Buck se arrojó contra la madera astillada, hundiendo sus dientes en ella, luchando por arrancar un pedazo. Dondequiera que cayese el hacha en el lado externo, allí estaba desde el interior, gruñendo y rugiendo, tan ansioso por salir como lo estaba el hombre de la tricota roja por sacarlo.

- Vamos, diablo de ojos rojos - dijo el hombre, cuando hubo abierto un boquete lo suficientemente grande como para que pasara el cuerpo de Buck

Al mismo tiempo dejó caer el hacha y pasó el garrote a su mano derecha.

Y Buck era realmente un diablo de ojos rojos cuando se acurrucó para dar el salto, con los pelos de punta, la boca espumosa, y un brillo rabioso en sus ojos inyectados de sangre. Directamente contra el hombre lanzó sus ciento cuarenta libras de furia, sobrecargada por la pasión acumulada durante dos días y noches.

En medio del salto, en el momento mismo en que sus mandíbulas estaban a punto de cerrarse en la carne del hombre, recibió un golpe que contuvo el impulso de su cuerpo y le hizo castañetear los dientes dolorosamente. Giró sobre sí mismo, dando en el suelo sobre un costado. Nunca le habían golpeado con un garrote, y no comprendió lo que ocurría. Con un gruñido que era en parte ladrido y en parte grito, se paró de nuevo y atacó otra vez. Nuevamente fue recibido con el golpe y cayó al suelo. Esta vez se dio cuenta de que era el garrote la causa de su dolor, pero su rabia no conocía cautela. Una docena de veces atacó, y otras tantas el garrote contuvo el ataque y lo abatió al suelo.

Después de un golpe especialmente rudo, se levantó despaciosamente, demasiado aturdido para atacar de nuevo. Caminó tambaleante, mientras la sangre le manaba de la nariz, boca y orejas, manchando su hermoso pelaje. Entonces el hombre avanzó y, deliberadamente, le asestó un terrible golpe sobre el hocico. Todo el dolor que soportara no era nada comparado con la exquisita agonía de este último. Con un rugido que se parecía por su ferocidad al de

un león, se arrojó de nuevo contra el hombre; pero éste, cambiando de mano el garrote, le asió por la mandíbula inferior, torciéndola al mismo tiempo hacia abajo y para atrás. Buck describió un círculo completo en el aire, para ir a parar contra el suelo sobre su pecho y su cabeza.

Por última vez volvió a atacar. El hombre asestó el golpe que calculó a propósito durante tanto tiempo, y Buck se desplomó sin sentido.

- No es ningún tonto para domar perros, eso es lo que digo – gritó entusiasmado uno de los mirones.
- Druther es capaz de domar uno por día, y dos los domingos – fue la respuesta del otro.

Poco a poco fue recobrando Buck el conocimiento, pero no la fortaleza. Permaneció echado donde había caído, y desde allí observó al hombre de la tricota roja.

“Se llama Buck – monologaba el hombre, citando un párrafo de la carta del tabernero, la que anunciaba el contenido del esqueleto -. Bien, Buck, amiguito – prosiguió con voz alegre -, ya hemos tenido nuestra pequeña función, y lo mejor será dejar las cosas como están. Tú conoces ahora tu lugar, y yo el mío. Si eres un perro bueno, todo te irá bien; si eres malo, te quitaré el resuello a palos. ¿Comprendes?”.

Mientras hablaba, acarició sin temor ninguno la cabeza que había castigado con tanta crueldad, y aunque los pelos de Buck se pusieron de punta al contacto de su mano, lo soportó sin protesta. Cuando el hombre le llevó agua, la bebió con ansia, y mas tarde comió una buena cantidad de carne que le dio el hombre con su propia mano.

Estaba vencido (lo sabía); pero no abatido. Se dio cuenta, de una vez por todas, que no tenía posibilidad de luchar contra un hombre armado con un garrote. Había aprendido su lección, y en toda su vida futura no la olvidó. Ese garrote era una revelación. Era su presentación al reino de la ley primitiva, y le salió al encuentro a mitad del camino. Las verdades de la vida tomaron un aspecto más fiero; y al enfrentar a ese aspecto sin acobardarse, lo hizo con toda la astucia latente de su naturaleza que se había despertado.

Al pasar los días, llegaron otros perros, en esqueletos y sujetos al extremo de cuerdas; algunos dócilmente, y otros rugiendo y ladrando como llegó él; y, a uno por uno, los vio abatirse ante el dominio del hombre de la tricota roja. Una y otra vez, al observar la brutal hazaña, se imbuía en su cerebro la lección que aprendiera: un hombre armado de un garrote era el que dictaba las leyes, un amo que debía ser obedecido, aunque no era necesario que se le amara. De esto último nunca fue culpable Buck, aunque vio perros vencidos que adoraban al hombre, y meneaban las colas y le lamían la mano. También vio un perro que no quiso obedecer ni abatirse, el que finalmente murió en la lucha por la dominación.

De vez en cuando llegaban hombres desconocidos que hablaban muy agitados con el hombre de la tricota roja. Y en esas ocasiones cierta cantidad de dinero cambiaba de manos y los desconocidos se llevaban uno o más perros consigo. Buck se preguntó donde irían,

pues nunca regresaban; pero el temor al futuro le dominaba, y se alegró cada vez que no era elegido.

Empero, llegó su turno al fin, en la forma de un hombrecillo arrugado que hablaba con acento extranjero y lanzaba exclamaciones groseras que Buck no podía entender.

- ¡Cristo! – exclamó cuando sus ojos se fijaron en Buck -. ¡Que perrazo! ¿Eh? ¿Cuánto?
- Trescientos dólares, y es un regalo – fue la pronta respuesta del de la tricota roja -. Y ya que es dinero del gobierno, no tendrás de que quejarte, ¿eh, Perrault?

Perrault sonrió. Considerando que el precio de los perros había llegado a las nubes debido a la desmedida demanda, no era una suma demasiado exorbitante para un animal tan espléndido. El gobierno canadiense no perdería nada, ni sus despachos andarían más lentamente. Perrault conocía a los perros, y cuando miró a Buck, se dio cuenta de que era uno entre mil… "Uno en diez mil", comentó para sus adentros.

Buck vio que el hombrecillo pagaba cierta suma de dinero, y no se sorprendió cuando Curly, el alegre Terranova, y él fueron retirados por el hombrecillo. Esa fue la última vez que vio al hombre de la tricota roja, y, mientras él y Curly miraban a la ciudad de Seattle desde la cubierta del Narwhal, fue esa la última vez que vio la cálida tierra del sur. Perrault los llevó a los dos bajo cubierta y los entregó a un gigantón de cara oscura llamado François. Perrault era un francés-canadiense, y bastante moreno; pero François era un mestizo francés-canadiense, y mucho más moreno que el otro. Eran ellos una nueva clase de hombres para Buck (de los cuales vería muchos más), y aunque no llegó a sentir afecto por ellos, llegó sin embargo a respetarlos sinceramente. Rápidamente aprendió que Perrault y François eran hombres justos, calmosos e imparciales en administrar justicia, y demasiados conocedores de perros para ser engañados por ellos.

En el entrepuente del Narwhal, Buck y Curly se unieron a otros dos perros. Uno de ellos era grande y blanco como la nieve, procedente de Spitzbergne, de donde lo había sacado el capitán de un ballenero, y al que más tarde acompañó en una expedición geológica a los desolados desiertos del norte.

Era amigable en cierta forma traicionera, y mientras le sonreía a uno de frente, estaba meditando alguna treta sucia, como por ejemplo cuando robó el alimento de Buck la primera vez que le dieron de comer a bordo. Cuando Buck se lanzó hacia él para castigarlo, el látigo de François silbó en el aire, llegando primero hasta el culpable; y no le quedó a Buck otra cosa por hacer que recobrar el hueso. Buck decidió que François se había portado correctamente, y el mestizo comenzó a elevarse en la estimación del perro.

El otro perro no hizo ninguna tentativa para trabar amistad ni admitió ninguna de parte de los otros; además, no trató de robarles a los recién llegados. Era un animal hosco y silencioso, y le demostró muy claramente a Curly que todo lo que deseaba era que lo dejaran en paz, y aún más, que habría dificultades si lo molestaban. Se le llamaba Dave, y comía y dormía, o bostezaba en los intervalos, sin interesarse por nada, ni siquiera cuando el Narwhal cruzó el Estrecho de la Reina Carlota y comenzó a balancearse y a dar

cabezadas al ser sacudido por el oleaje. Cuando Buck y Curly comenzaron a excitarse, medio locos por el temor, el no hizo más que levantar la cabeza como si le molestaran, les favoreció con una mirada indiferente, bostezó, y siguió durmiendo.

Día y noche se sacudió el barco al compás incansable de la hélice, y aunque un día se pareciera mucho al otro, Buck se dio cuenta que el clima se hacía cada vez más frío. Al fin, una mañana, la hélice se detuvo, y el Narwhal fue presa de una atmósfera de agitación. El lo sintió, como asimismo los otros perros, y se dio cuenta de que se aproximaba algún cambio. François les aseguró con traíllas y los llevó a cubierta. Al dar el primer paso sobre la fría superficie, las patas de Buck se hundieron en algo blanco y pegajoso, muy parecido al barro. Retrocedió de un salto dando un gruñido. Esa misma sustancia blanca caía desde arriba. Se sacudió, pero la sustancia desconocida le siguió cayendo encima. La olió curioso, luego lamió un poco. Quemaba como el fuego, y al momento siguiente había desaparecido. Eso le intrigó. Lo probó de nuevo con el mismo resultado. Los mirones reían a carcajadas, y se sintió avergonzado sin saber porque, pues era la primera vez que veía nieve.

CAPÍTULO 2

LA LEY DEL COLMILLO Y EL GARROTE

El primer día que pasó Buck en la playa de Dyea fue como una pesadilla. Cada hora estaba llena de sorpresas y cosas raras. Lo habían arrancado súbitamente del corazón de la civilización para arrojarlo al corazón de las cosas primitivas. No era esta una vida perezosa y agradable, sin nada más que hacer que holgar y aburrirse. Allí no había paz, ni descanso, ni un momento de seguridad. Todo era confusión y movimiento, y cada instante era un peligro para la vida y los miembros. Había necesidad de estar constantemente alerta, pues estos perros y hombres no eran los de las ciudades. Eran salvajes todos ellos, y no conocían otra ley que la del garrote y el colmillo.

Nunca había visto como luchaban esas criaturas lobunas, y su primera experiencia le enseñó una lección inolvidable. Es verdad que fue una experiencia por intermedio de terceros, de otro modo no hubiera vivido para aprovechar las enseñanzas. Curly fue la víctima. Se hallaban acampados cerca del almacén construidos con troncos de árboles, donde la perra, a su manera amistosa, trató de arrimarse a un enorme perro del tamaño de un lobo adulto, aunque no tan grande como ella. No hubo advertencia de ninguna especie, sólo un salto rápido como un relámpago, un metálico cerrar de dientes, un salto hacia atrás igualmente veloz, y la cara de Curly quedó abierta desde el ojo hasta la mandíbula.

Era la forma de luchar de los lobos: atacar y retroceder de un salto; pero hubo algo más. Treinta o cuarenta perrazos corrieron hacia el sitio de la lucha y rodearon a los combatientes, formando un silencioso y atento círculo a su alrededor. Buck no comprendió el significado de esa silenciosa atención ni la forma ansiosa con que se relamían los hocicos. Curly se arrojó contra su antagonista, el que le dio una dentellada y saltó hacia un lado. El perro recibió su próximo ataque en el pecho, en una forma especial que le hizo perder el equilibrio para no volver a recobrarlo. Esto era lo que esperaban los otros. Se le echaron encima, rugiendo y ladrando, y la perra quedó sepultada debajo de una masa de cuerpos peludos y feroces.

Tan súbito e inesperado fue todo, que Buck fue tomado de sorpresa. Vio a Spitz sacar su roja lengua de la forma en que lo hacía cuando reía; y vio a François, blandiendo el hacha, saltar en medio de la jauría. Tres hombres armados de garrotes le ayudaban a espantar a los perros. No se tardó mucho. Al cabo de dos minutos, el último de los asaltantes de Curly se había retirado con el rabo entre las piernas. Pero la pobre perra yacía hecha una maza de carne sanguinolenta sobre la nieve, mientras el mestizo la miraba lanzando terribles imprecaciones. La escena turbó los sueños de Buck durante muchos días. ¡De modo que así se luchaba! Nada de juego limpio. Una vez caído, no había piedad para uno. Spitz sacó la lengua y rió de nuevo, y desde ese momento Buck le odió implacablemente.

Antes de haberse recobrado de la sorpresa causada por la trágica muerte de Curly, recibió otra. François le colocó encima una serie de correas y hebillas. Era un arnés como el que había visto a los mozos de cuadra colocarles a los caballos de su casa. Y de la misma forma como había visto trabajar a los caballos, así lo hicieron trabajar a él, arrastrando a François sobre su trineo en la foresta que bordeada el valle, y regresando con una carga de leña para el fuego. Aunque su dignidad se resentía porque lo convertían en un animal de carga, era demasiado prudente para rebelarse. Tiró del trineo con gran voluntad, comportándose como mejor pudo, aunque todo era nuevo y extraño para él. François era severo y demandaba obediencia instantánea, la que recibía con la ayuda de su látigo; mientras que Dave, que era un experimentado perro de trineo, mordía a Buck en las patas traseras cuando éste se equivocaba. Spitz era el dirigente, igualmente experimentado, y aunque no podía llegar hasta Buck, gruñía su agudo reproche de vez en cuando, o astutamente arrojaba su peso en la huella para lograr que Buck siguiera el camino que debía, Buck aprendió rápidamente, y bajo la tutela combinada de sus dos compañeros y de François, progresó en forma extraordinaria. Antes de regresar al campamento, ya sabía lo suficiente como para detenerse al oír la palabra “ho”, a proseguir la marcha al oír la palabra “mush”, a tomar las curvas bien abiertas, y a mantenerse a distancia segura del último perro, cuando el trineo cargado descendía una cuesta detrás de ellos.

- Son perros muy buenos – le dijo François a Perrault -. Ese Buck tiene una fuerza extraordinaria. Le enseñé bastante rápido.

Por la tarde, Perrault, que estaba apurado para ponerse en camino con sus despachos, regresó con dos perros más. Billee y Joe los llamaba. Eran hermanos y verdaderos perros esquimales. A pesar de ser hijos de la misma madre, eran tan distintos como el día de la noche. El único defecto de Billee era su excesivo buen humor, mientras que Joe era todo lo contrario: hosco e introspectivo, con un gruñido perpetuo en la garganta y mirada maligna. Buck lo recibió con buenas maneras; Dave los ignoró; mientras que Spitz procedió a darle una paliza primero a uno y luego al otro. Billee meneó la cola para apaciguar a su enemigo, se volvió para huir cuando se percató de que no había forma de apaciguarlo, y gimió (siempre en forma amigable) cuando los agudos dientes de Spitz laceraron su flanco. Pero, por más que Spitz giró alrededor de Joe, éste siempre le hizo frente; con el pelo de punta, las orejas echadas hacia atrás, los dientes al descubierto, y los ojos brillando en forma diabólica... era la encarnación del temor beligerante. Tan terrible resultaba su apariencia que Spitz se vio obligado a abandonar la decisión de castigarlo; mas para cubrir su chasco se volvió contra el inofensivo Billee y lo corrió hasta los límites del campamento.

Por la noche, Perrault consiguió otro perro, un viejo esquimal, largo y flaco, con la cara cubierta por las cicatrices de antiguas batallas, y un solo ojo que proclamaba hazañas dignas de respeto. Se llamaba Sol-leks, que quiere decir el Iracundo. Como Dave, no pedía nada, no nada ni esperaba nada; y cuando se unió tranquilamente al grupo de perros, aun Spitz le dejó en paz. Tenía una peculiaridad que, para su desgracia, Buck descubrió muy pronto. No le gustaba que se le acercaran por el lado donde no veía. Buck fue culpable de esa ofensa aun sin quererlo, y lo primero que le avisó la indiscreción que había cometido fue cuando Sol-leks giró sobre sí mismo y le desgarró el pecho de una terrible dentellada. Desde ahí en adelante, Buck evitó acércasele por el lado del ojo ciego, y hasta el último momento de su vida en común no tuvo más dificultades con él. Su única ambición aparente, como la de Dave, era que lo dejaran en paz; aunque, como lo sabría más tarde, Buck, cada uno de ellos poseía otra mucho más vital.

Esa noche se vio Buck enfrentando al problema de dormir. La tienda, iluminada por una vela, brillaba acogedora en medio de la planicie blanca; y cuando él, como cosa lógica y natural, entró en ella, tanto Perrault como François lo bombardearon con maldiciones y utensilios de cocina, hasta que se recobró el pobre de su consternación y huyó ignominiosamente hacia el frío exterior. Solaba un viento helado que mordía con especial ferocidad sobre su hombro herido. Se echó en la nieve, intentando dormir, pero muy pronto el cierzo lo hizo levantar. Desdichado y dolorido, vagó por entre las innumerables tiendas, sólo para comprobar que un sitio era tan frío como otro. Aquí y allá se le arrojaban encima los perros salvajes, pero él erguía los pelos y gruñía (pues estaba aprendiendo rápidamente), y lo dejaban seguir su camino en paz.

Finalmente se le ocurrió una idea. Regresaría para ver como lo pasaban sus compañeros del equipo. Para su gran asombro, vio que habían desaparecido. De nuevo vagó por el enorme campamento, buscándolos, y retornó luego. ¿Estarían en la tienda? No, eso no podía ser, de otro modo no le hubieran echado. ¿Entonces donde podrían estar? Con la cola entre las patas y estremeciéndose de frío, dio varias vueltas alrededor de la tienda. De pronto cedió la nieve a su paso y sintió que se hundía. Algo se movió debajo de sus patas. Retrocedió de un salto, gruñendo con ferocidad, temeroso de lo desconocido. Pero un amistoso gemido le tranquilizó, y regresó al instante para investigar. Un soplo de aire cálido ascendió hasta su hocico, y allí, hecho un cómodo ovillo debajo de la nieve, se hallaba Billee. Gimió amistosamente, se removió como para demostrar su buena voluntad, y llegó hasta a lamer la cara de Buck.

Otra lección. De modo que así lo hacían, ¿eh? Buck eligió un sitio, y con muchos movimientos y desgaste de energía procedió a cavar un orificio para sí. En un momento el calor de su cuerpo llenó el reducido espacio y Buck se quedó dormido. El día había sido largo y arduo, y durmió profunda y cómodamente, aunque gruñó y ladró y luchó con sus pesadillas.

No abrió los ojos hasta que lo despertaron los ruidos del campamento. Al principio no se dio cuenta de donde se hallaba. Había nevado durante la noche, y estaba completamente sepultado. Las paredes de nieve le oprimían por todos los lados, y un temor terrible le abrumó: el temor de la fiera salvaje al encontrarse en una trampa. Era una advertencia de

sus salvajes antecesores, pues siendo Buck un perro demasiado civilizado no conocía ninguna trampa, no pudiendo por tanto temerlas. Los músculos de todo su cuerpo se contrajeron espasmódica e instintivamente, se le erizó el pelo del cuello, y con un gruñido feroz saltó hacia arriba para encontrarse con la luz cegadora del día, mientras la nieve volaba a su alrededor como si fuese una nube. Antes de apoyar sus patas de nuevo en el suelo, vio la blancura que lo rodeaba y recordó todo lo que le ocurriera desde el momento en que salió a pasear con Manuel hasta el instante en que cavó un orificio en el suelo para dormir la noche anterior.

Un grito de François saludó su aparición.
- ¿Qué dije? – gritó a Perrault -. Ese Buck aprende bien rápido.

Perrault asintió con expresión grave. Como correo del gobierno canadiense, encargado de los despachos importantes, estaba ansioso por asegurarse los mejores perros, y le complacía especialmente el poseer a Buck.

Al cabo de una hora ya se habían agregado tres perros esquimales al equipo, formando un total de nueve, y antes de otro cuarto de hora estaban todos con sus correspondientes arneses y marchando por el sendero que llevaba hacia el Cañón Dyea. Buck se alegró de marchar, y, aunque el trabajo era duro, se dio cuenta que no le desagradaba excesivamente. Se sorprendió de la animación; pero aún más sorprendente resultaba el cambio operado en Dave y en Sol-leks. Eran perros nuevos, completamente transformados por el arnés. Toda la pasividad e indiferencia había desaparecido en ellos. Estaban alertas y activos, ansiosos de que el trabajo se hiciera bien, y fieramente irritables si cualquier cosa, ya fuera demora o confusión, retardaba ese trabajo. La tarea del camino parecía ser la suprema razón de su existir, y lo único que les producía placer.

Dave era el “ruedero” o perro más cercano al trineo; frente a él iba Buck, luego Sol-leks; el resto del equipo estaba atado uno delante del otro en fila, hasta el dirigente, posición que ocupaba Spitz.

Buck había sido colocado de intento entre Dave y Sol-leks, para que recibiera su instrucción. Si él era un estudiante apto, igualmente aptos eran sus maestros, que nunca le permitían equivocarse dos veces, y que reforzaban sus enseñanzas con sus agudos colmillos. Dave era justo y prudente. Nunca mordía a Buck tener motivo, y nunca dejaba de hacerlo cuando era necesario. Cuando el látigo de François restallaba sobre su cuerpo, Buck comprendía que era más sencillo corregirse que vengarse. En cierta oportunidad, durante un breve alto, cuando él se enredó en las riendas y demoró la partida, tanto Dave como Sol-leks se le echaron encima y le dieron una paliza. El enredo resultante fue aún peor; pero Buck se cuidó mucho de mantenerse a distancia de las riendas; antes de que terminara el día dominaba tan bien su trabajo que sus compañeros dejaron de molestarlo. El látigo de François restallaba con menos frecuencia, y Perrault llegó a honrar a Buck examinando cuidadosamente sus patas.

Fue un día de trabajo rudo, ascendiendo el Cañón, pasando por el Sheep Camp, las Scales y la línea de boscaje a través de ventisqueros y campos nevados de cientos de pies de profundidad, y por sobre la enorme Divisoria Chilcoot, que se hallaba entre el agua salada y

la dulce, y guarda celosamente el triste y solitario norte. Lograron progresar a bastante velocidad por la cadena de lagos que llena los cráteres de volcanes extinguidos, y ya avanzada la noche, entraron en un amplio campamento a orillas del Lago Bennett, en el que millares de buscadores de oro estaban construyendo sus embarcaciones en previsión del deshielo de primavera. Buck cavó su agujero en la nieve y durmió el sueño del agotamiento; pero demasiado temprano lo sacaron de su cobijo cuando aún reinaba la fría oscuridad y le engancharon al trineo junto con sus compañeros.

Ese día cubrieron cuarenta millas de viaje, pues la nieve estaba endurecida; pero al día siguiente, y durante varios días después tuvieron que trazar ellos mismos el sendero, trabajaban más arduamente, y no progresaron con rapidez. Por regla general, Perrault viajaba delante del equipo, endureciendo la nieve con su calzado especial para facilitar el trabajo a los perros. François que guiaba el trineo, solía cambiar con él, pero no a menudo. Perrault estaba apurado y se enorgullecía de su conocimiento del hielo, cosa indispensable, pues el hielo era muy delgado y en los sitios donde el agua corría torrentosa no existía siquiera.

Día tras día, durante un tiempo interminable, Buck trabajó afanosamente tirando del vehículo. Siempre levantaban el campamento durante la oscuridad, y los primeros albores del día los hallaban en el camino habiendo cubierto varias millas del viaje. Y siempre se detenían después de caer la oscuridad, comiendo su trozo de pescado y arrastrándose a sus agujeros en la nieve. Buck estaba hambriento. La libra y media de salmón desecado, que era la ración diaria, parecía desparecer en el aire. Nunca comía lo suficiente, y sufría de perpetuos dolores producidos por el hambre. Empero, los otros perros debido a que pesaban menos y habían nacido en la región, recibían también una libra y media y se las arreglaban para mantenerse en buena condición física.

Rápidamente perdió la delicadeza que caracterizaba su antigua vida. Siendo muy despacioso para comer, halló que sus compañeros, que terminaban primero, le robaban sus raciones no terminadas. No había forma de defenderlas. Mientras luchaba con dos o tres, la comida desaparecía en las gargantas de otros. Para remediar esto comió tan rápidamente como los otros; y, tanto le acució el hambre, que llegó a perder el respeto por la propiedad ajena. Observaba y aprendía. Cuando vio a Pike, uno de los perros nuevos (ladrón astuto y descarado) robar un trozo de panceta en cierta oportunidad en que Perrault le daba la espalda, imitó su acción al día siguiente, logrando apoderarse de toda la panceta. Se produjo un revuelo indescriptible, pero de él no sospecharon, mientras que Dub, un ladronzuelo torpe, al que siempre sorprendían, fue castigado por la mala acción de Buck.

Este primer latrocinio demostró que Buck estaba en condiciones de sobrevivir en el medio ambiente hostil del norte. Demostró su adaptabilidad, su capacidad para ajustarse a las condiciones cambiantes, la falta de las cuáles hubiera significado una muerte rápida y terrible. Marcaba además la declinación, o mejor dicho, la ruina de su moralidad, una cosa vana y una desventaja en la despiadada lucha por la existencia. Todo esto estaba muy bien en el sur, donde dominaba la ley del amor y el compañerismo, el respeto a la propiedad privada y a los sentimientos personales; pero en el norte, bajo la ley del garrote y el colmillo, el que tomaba en cuenta esas normas de conducta era un tonto, y mientras obraba de acuerdo con ellas, no podría prosperar.

No es que Buck razonara todo esto. Estaba capacitado, eso es todo, e inconscientemente se adaptó a su nueva vida. Todos sus días, fueran cuales fuesen las desventajas, nunca había huido de una pelea; pero el garrote del hombre de la tricota roja habían imbuido en él un código más fundamental y primitivo. Civilizado, podría haberse dejado matar por alguna consideración moral, por ejemplo la defensa del rebenque del juez Miller; pero lo completo de su retorno a lo primitivo se evidenciaba ahora por su habilidad en huir de la defensa de una consideración moral y salvar así el pellejo. No robaba porque ello le causara placer, sino porque su estómago se lo pedía. No robaba abiertamente, sino en secreto y con astucia, por el respeto que sentía por el garrote y el colmillo.

Su desarrollo (o retrogresión) fue rápido. Sus músculos se tornaron tan duros como el hierro y él llegó a ser indiferente a todos los dolores ordinarios. Llegó a dominar una economía interna como externa. Podía comer cualquier cosa, sin tener en cuenta lo desagradable o indigesta que pudiera ser; y, una vez ingerida, los jugos de su estómago extraían de ella hasta la última partícula nutritiva, y su sangre la llevaba hasta lo más recóndito de su cuerpo, convirtiéndola en tejido fuerte y duradero. Su vista y su olfato se hicieron extraordinariamente agudos, mientras que su oído llegó a adquirir tal agudeza que en sueños podía percibir el sonido más débil y saber si anunciaba paz o peligro.

Aprendió a quitarse con los dientes el hielo que se acumulaba en sus patas; cuando tenía sed y el orificio del agua estaba cubierto por el hielo, solía romperlo golpeándolo con las patas delanteras. Su rasgo más destacado era el de prever la dirección del viento con una noche de anticipación. No importaba que no soplara la más ligera brisa; cuando cavaba su orificio cerca de un árbol o de un banco de nieve, el viento que soplaba luego le hallaba siempre protegido y cómodo.

Y no solo aprendió por experiencia, sino que también revivieron en él los instintos dormidos desde largo tiempo. Las generaciones domesticadas se alejaron de su educación. En forma vaga recordó la juventud de la raza, hasta llegar a la época en que los perros salvajes recorrían en jaurías las primitivas junglas y vivían de la caza. No le resultó tarea difícil el aprender a luchar a dentelladas y empellones y con el rápido mordisco del lobo. De esa forma habían luchado sus olvidados antecesores. Ellos revivieron en su nueva vida, y las viejas tretas heredadas de los antiguos cazadores eran las suyas. Las adapto sin esfuerzo, como si siempre hubieran sido suyas. Y cuando, al llegar la noche, elevaba el hocico hacia una estrella y aullaba a la manera de los lobos, eran sus antecesores, muertos y hechos polvo, los que aullaban por su boca. Y sus cadencias eran las de ellos, las cadencias con las que daban voz a su pena y a lo que para ellos significaba la quietud, el frío y la oscuridad.

De ese modo, como síntoma de lo poco que vale la educación, vibro en el la antigua canción y volvió a se lo que debía ser. Y ocurrió eso porque los hombres habían hallado en el norte un metal amarillo, y porque Manuel era un jardinero cuyo salario apenas alcanzaba a cubrir las necesidades de su esposa y de varias pequeñas copias de si mismo.

Capítulo 3

LA BESTIA RPIMITIVA DOMINANTE

La bestia primitiva predominaba en Buck, y, bajo las terribles condiciones de la vida del sendero, se acrecentaba cada vez más. Empero, tomaba incremento en forma secreta. Su recién nacida astucia lo dotaba de un equilibrio y un control desconocidos hasta entonces, y no sólo no buscaba peleas, sino que también las evitaba en todo lo posible. Una cierta premeditación caracterizaba su actitud. No estaba dispuesto a la temeridad y a la acción precipitada; y en su frío odio contra Spitz no traicionó su impaciencia y evitó cualquier acción ofensiva.

Por otra parte posiblemente porque adivinaba en Buck a un peligroso rival, Spitz no perdía oportunidad de mostrarle los dientes. Llego hasta a salirse de su camino para intimidar a Buck, tratando siempre de comenzar una pelea que sólo podía terminar con la muerte de uno u otro.

A comienzos del viaje, esto pudo haber ocurrido, si no hubiese sido por un accidente inesperado. Al terminar un día de marcha, hicieron alto a orillas del Lago La Barge. La nieve, un viento que cortaba como si fuera cuchillo, y la oscuridad, les había forzado a buscar a tientas un sitio para acampar. Imposible que les hubiera ido peor. A sus espaldas se elevaba perpendicular una pared rocosa, y Perrault y François se vieron obligados a hacer su fuego y extender sus mantas sobre el hielo del lago. La tienda la habían dejado en Dyes para poder viajar con poco peso. Unos pocos palillos les sirvieron para encender un débil fuego, que muy pronto derritió el hielo y los forzó a comer la cena en la oscuridad.

Muy cerca de la pared que servía de abrigo, Buck construyó un cubil. Tan cómodo y cálido resultó, que le fue muy duro abandonarlo cuando François distribuyó la ración de pescado. Pero cuando Buck terminó de comer y regresó, halló el orificio ocupado. Un gruñido de advertencia le dijo que el intruso era Spitz. Hasta entonces, Buck había evitado dificultades con su enemigo, pero eso era demasiado. La bestia en él proclamaba venganza. Saltó sobre Spitz con una furia que les sorprendió a ambos, especialmente a Spitz, pues la experiencia que tenía con Buck le había enseñado que su rival era un perro extraordinariamente tímido que sólo había podido sobrevivir a los rigores de esa vida debido a su gran peso y tamaño.

François también se sorprendió cuando los vio salir disparados del cubil hechos un ovillo de garras y dientes, y adivinó la causa de la pelea.

- ¡A-a-ah! – animó a Buck -. ¡Dale una paliza al maldito! ¡Dale una paliza al sucio ladrón!

Spitz estaba bien dispuesto para la lucha. Aullaba de ira y ansiedad mientras daba vueltas en círculos para buscar el momento oportuno del ataque. Buck no estaba menos dispuesto ni se sentía menos cauto, mientras él también giraba en círculos buscando un momento ventajoso. Pero fue entonces cuando ocurrió lo inesperado, lo que postergó la lucha por la supremacía hasta un futuro lejano, al cabo de muchas fatigosas millas de viaje y de trabajo.

Una maldición de Perrault, el resonante impacto de un garrote sobre su cuerpo huesudo, y un agudo chillido de dolor proclamaron el comienzo del pandemonio. Se vio de pronto que

el campamento había sido invadido de cuerpos peludos que se movían rápidos como el relámpago: eran perros esquimales medio rabiosos por el hambre, unos cien de ellos, que habían olido el campamento desde alguna aldea india. Se habían deslizado hasta ellos mientras Buck y Spitz se aprestaban a la lucha, y cuando los dos hombres saltaron sobre ellos con sus pesados garrotes, los perros mostraron los dientes y los atacaron a su vez. Estaban enloquecidos por el olor de los alimentos. Perrault halló a uno con la cabeza enterrada en el cajón de la comida. Su garrote se descargó pesadamente sobre las costillas del perro, y el cajón cayó al suelo derramándose su contenido. De inmediato, una veintena de los hambrientos brutos se arrojaron sobre los trozos de pan y tocino. Los garrotes caían sobre ellos de todos lados. Gruñían y aullaban al sentir la lluvia de golpes, pero siguieron luchando sin cesar hasta que hubieron devorado hasta la última migaja.

Mientras tanto, los asombrados perros del equipo habían salido de sus cubiles sólo para ser atacados ferozmente por los terribles invasores. Nunca habían visto perros como ésos. Parecía como si sus huesos estuvieran a punto de abrirse paso por entre el pellejo. Eran meros esqueletos, envueltos ligeramente por arrugados cueros, con ojos llameantes y agudísimos colmillos. Pero la locura del hambre los hacía terroríficos e irresistibles. No había forma de oponerse a ellos. Los perros del equipo tuvieron que retroceder hasta la pared de rocas ante el primer ataque. Buck fue cercado por tres perrazos, y en un suspiro tenía la cabeza y el cuerpo lleno de heridas. El alboroto era horroroso. Billee lloraba como de costumbre. Dave y Sol-Leks, chorreando sangre por una veintena de heridas, luchaban valerosamente el uno al lado del otro. Joe se defendía como un endemoniado. Una vez sus dientes se cerraron sobre la pata de uno de los atacantes, y apretó las mandíbulas hasta llegar al hueso. Pike, el ladronzuelo, saltó sobre el animal herido, quebrándole el cuello con una rápida dentellada y una torsión de la cabeza. Buck aferró por la garganta a un espumante adversario, y su cuerpo quedó inundado de sangre cuando sus dientes le cercenaron la yugular. Al probar la cálida sangre sintió renovarse su fiereza. Se arrojó sobre el otro, y al mismo tiempo sintió que unos dientes se hundían en su garganta. Era Spitz que lo atacaba a traición.

Perrault y François, después de limpiar su parte del campamento, se apresuraron a salvar a sus perros. La oleada salvaje de bestias hambrientas retrocedió ante su empuje, y Buck se liberó de un sacudón. Pero fue sólo por un momento. Los dos hombres tuvieron que regresar para salvar sus provisiones, en vista de lo cuál los perros salvajes retornaron a su ataque contra el equipo. Billee, con el valor de la desesperación, se abrió paso entre el salvaje círculo y huyó a todo correr sobre el hielo. Pike y Dub le siguieron pisándole los talones, con el resto del equipo corriendo detrás de ellos. Cuando Buck se preparaba para saltar tras ellos, vio por el rabillo del ojo que Spitz se lanzaba contra él con la evidente intención de arrojarlo al suelo. Una vez que hubiera perdido pie entre esa jauría de perros hambrientos no tendría esperanza de salvar la vida. Pero se plantó firmemente con sus cuatro patas y soportó el choque del cuerpo de Spitz, uniéndose luego a la partida que huía por el lago.

Más tarde, los nueve perros del equipo se reunieron y buscaron refugio en el bosque. Aunque no les perseguían, estaban en muy malas condiciones. No había ninguno que no tuviera tres o cuatro heridas, mientras que otros salieron muy mal parados de la refriega. Dub estaba malamente herido en una pata trasera; Dolly, la última perra agregada al equipo

en Dyea, tenía la garganta lacerada; Joe había perdido un ojo, mientras que Billee, el bondadoso, tenía una oreja hecha tiras, y gritó y aulló durante toda la noche.

Al romper el día regresaron lentamente hacia el campamento, para hallar que los invasores se habían retirado y sus amos estaban de muy mal humor. La mitad de sus provisiones había desaparecido. Los perros salvajes habían roído las riendas del trineo y la cubierta de la lona. En una palabra, nada que fuera remotamente comestible había escapado a su voracidad. Se habían comido un par de mocasines de piel de ante que pertenecían a Perrault, pedazos de las riendas de cuero, y hasta dos pies de la correa del látigo de François. Este interrumpió su triste contemplación del desastre para mirar a sus perros heridos.

- ¡Ah, mis amigos! – exclamó suavemente -. Tal vez se me vuelvan rabiosos son tantas mordeduras. ¡Sacredam, quizá todos se vuelvan rabiosos! ¿Qué te parece, eh, Perrault?

El estafetero sacudió la cabeza en actitud dubitativa. Faltando todavía cuatrocientas millas de viaje para llegar a Dawson, no podía permitir que la hidrofobia se apoderara de sus perros. Dos horas de maldiciones y duro trabajo costó el arreglo de los arneses, y el maltrecho equipo prosiguió la marcha, avanzando laboriosamente por sobre la parte más difícil del sendero que habían encontrado hasta entonces, y la más terrible que existía entre ellos y Dawson.

El Río de las Treinta Millas no se había helado. Sus torrentosas aguas desafiaban al frío, y sólo en las orillas y en los sitios tranquilos había cierta cantidad de hielo. Seis días de agotadora tarea se necesitaron para cubrir esas terribles treinta millas. Y terribles lo eran, pues cada metro se lograba con el riesgo de la vida de hombres y perros. Una docena de veces, Perrault, que se abría paso en la delantera, sintió que el hielo se hundía bajo sus pies, y se salvó solo porque llevaba en las manos un largo palo que sostenía de manera que interrumpiese su caída en los bordes del agujero. Pero soplaba un viento gélido; el termómetro registraba veinte grados bajo cero, y cada vez que caía al agua se veía obligado a encender fuego y secar sus prendas para poder salvar su vida.

Nada lo detenía. Por esa razón lo habían elegido para ser estafetero del gobierno. Corría todos los riesgos, dando resueltamente cara al frío y luchando sin cesar desde el alba hasta la oscuridad. Bordeó la torrentosa corriente sobre un hielo delgadísimo que crujía bajo los pies y sobre el que no se atrevieron a hacer alto. En cierta oportunidad se hundió el trineo con Dave y Buck, y estaban los dos medio helados y casi ahogados cuando pudieron sacarlos del agua. Fue necesario encender un fuego para salvarlos. Estaban completamente cubiertos por una capa de hielo, y los dos hombres les hicieron mantenerse corriendo en círculos alrededor del fuego, sudando y tostándose, tan cerca de su calor que las llamas llegaron a chamuscarles el pelaje.

En otra oportunidad fue Spitz el que se hundió, arrastrando a todo el equipo detrás del él hasta llegar a Buck, quien tiró hacia atrás con todas sus fuerzas, afirmando sus patas delanteras sobre el resbaloso borde, mientras el hielo se quebraba y temblaba a su

alrededor. Pero detrás de él estaba Dave, tirando con igual fuerza, y detrás del trineo se hallaba François, esforzándose hasta que pareció que sus músculos se cortaban.

Otra vez, el hielo de la costa se hizo pedazos tanto delante como detrás del trineo, y no hubo otro escape que ascender la pared de rocas. Perrault la escaló como por milagro, mientras que François oraba para que ese milagro se cumpliera; y por medio de los arneses convertidos en una larga cuerda, todos los perros fueron izados uno por uno hasta la cresta de la pared. François fue el último en ascender, después que izaron el trineo y la carga. Luego hubo que buscar un sitio por donde bajar de nuevo, cosa que lograron cumplir últimamente por medio de la cuerda. Y la noche los halló de nuevo a orillas del río habiendo logrado avanzar solamente un cuarto de milla durante todo el día.

Para cuando llegaron al Hootalinqua, donde había hielo sólido, Buck estaba agotado. El resto de los perros se hallaban en la misma condición; pero Perrault, para ganar el tiempo perdido, los obligó a seguir la marcha desde el alba hasta caer por completo la noche. El primer día recorrieron treinta y cinco millas hasta llegar al Big Salmon; al día siguiente, treinta y cinco más hasta el Little Salmon; el tercero cubrieron cuarenta millas, lo que les acercó bastante al Five Fingers.

Las patas de Buck no eran tan compactas y duras como las de los perros lobos. Las suyas se habían suavizado durante las muchas generaciones transcurridas desde la época en que su último antecesor salvaje fue domesticado por el hombre de las cavernas. Durante todo el día cojeaba dolorosamente, y una vez instalado el campamento, se echaba como si estuviera muerto. Por hambriento que estuviera, no se levantaba para recibir su ración de pescado, la que François debía llevarle a donde se hallara. Además, el conductor frotaba las patas de Buck durante media hora todas las noches después de la cena, y sacrificó la parte superior de sus mocasines para fabricar cuatro mocasines para Buck. Eso resultó un gran alivio para el perro, y Buck hizo reír de buena gana al viejo Perrault una semana cuando François olvidó los mocasines y el se echó patas para arriba, rehusando seguir viaje sin su calzado. Más adelante, sus patas se endureciendo lo bastante en el sendero, y el desgastado calzado se descartó para siempre.

Una mañana que se hallaban a orillas del Pelly, cuando estaban enganchando para el viaje, Dolly, que nunca se había distinguido por nada, se volvió rabiosa de repente. Anunció su estado con un largo aullido lobuno que provocó el temor de todos los perros, luego se lanzó directamente contra Buck. Este nunca había visto un perro rabioso, ni tenía razón ninguna para temer a la hidrofobia; empero se dio cuenta que era algo horrible, y huyó de la perra dominado por el pánico. Corrió a toda velocidad con Dolly a un paso de distancia tras él. Tan grande era su terror que la perra no pudo alcanzarlo, y tan terrible era la rabia de la otra que no se despegó de sus talones. Buck se abrió paso por la espesura, cruzó un canal helado en dirección a una isla, ganó una tercera, dobló hacia el río, y en su desesperación se lazó a cruzarlo. Y durante todo el tiempo, aunque no se volvió para comprobarlo, sabía que la perra se hallaba a solo un brinco detrás suyo. François lo llamó desde un cuarto de milla de distancia y Buck se volvió hacia él confiado en que el mestizo lo salvaría. El conductor tenía un hacha lista en la mano, y en el momento en que Buck pasó como una exhalación a su lado, el hacha cayó sobre la cabeza de la pobre Dolly, partiéndola en dos.

Buck se acercó tambaleante al trineo, agotado, respirando jadeante y desvalido. Esa fue la oportunidad que esperaba Spitz. Saltó sobre Buck, y dos veces se hundieron sus dientes en el flanco del desamparado enemigo, produciéndole profundas heridas. Entonces descendió con terrible fuerza el látigo de François, y Buck tuvo la satisfacción de ver como Spitz recibía el peor castigo que se había administrado hasta entonces a cualquier perro del equipo.

- Es un diablo ese Spitz - comentó Perrault -. Algún día matará a Buck.
- Pues Buck vale por dos diablos – fue la respuesta de François -. Todo el tiempo lo he estado observando, y lo sé seguro. Escucha, algún día se enojará de veras y entonces se masticará a Spitz y lo escupirá sobre la nieve. Te lo aseguro. Lo sé.

Desde ahí en adelante estaba declarada la guerra entre los dos. Spitz como perro dirigente y amo reconocido del equipo, presintió que su supremacía estaba amenazada por ese extraño perro de las tierras del sur. Y realmente extraño era Buck para él, pues de los muchos perros del sur que había conocido, ninguno demostró nunca ser capaz de sobrevivir a la vida del sendero. Todos eran demasiados blandos, morían por el cansancio, el frío y la falta de alimento suficiente. Buck resultaba una excepción. El solo resistió y prosperó, estando a la altura de los perros-lobos en fortaleza, salvajismo y astucia. Además, era un perro dominador, y lo que le hacía aún más peligroso era que el garrote del hombre de la tricota roja había quitado toda ciega temeridad en su anhelo por la supremacía. Era especialmente astuto, y podía esperar el momento oportuno con una paciencia que no era nada menos que primitiva.

Era inevitable que se presentara alguna vez la lucha por la dominación. Buck la deseaba, porque era parte inherente de su naturaleza, porque se había apoderado de él ese orgullo incomprensible del sendero y los arneses; ese orgullo que hace que los perros sigan trabando hasta el último aliento, el que les impele a morir gozosos en el arnés, y les destroza el corazón si son separados del equipo. Ese era el orgullo que sentía Dave como “ruedero”; el de Sol-leks, cuando éste tiraba con todas sus fuerzas; el orgullo que se apoderaba de todos al levantar el campamento, transformándolos de bestias hoscas y apáticas en criaturas esforzadas y ambiciosas; el orgullo que les acuciaba durante todo el día, abandonándolos al caer la noche y prepararse el campamento, dejándoles caer de nuevo en su inquieta melancolía y descontento. Ese era el orgullo que sostenía a Spitz y le hacía castigar a los perros que cometían errores, eran ariscos para ser enganchados o se ocultaban al llegar la hora del trabajo. Asimismo, era ese orgullo el que hacía temer a Buck como posible rival de su puesto. Y también era ése el orgullo de Buck.

Abiertamente amenazó la jefatura del otro. Se colocaba entre él y los remolones que debían ser castigados. Y lo hacía con toda deliberación. Una noche había nevado mucho y a la mañana siguiente no se vio por ningún lado a Pike el ladronzuelo. Se hallaba bien oculto en su cubil, debajo de un pie de nieve. François lo llamó y lo buscó en vano. Spitz estaba terriblemente furioso. Lo buscó pro todo el campamento, husmeando y escarbando en todos los sitios imaginables, y gruñendo en forma tan amenazadora que Pike lo oyó y temblaba en su refugio.

Pero cuando al fin lograron sacarlo de allí, y Spitz se le arrojó encima para castigarlo, Buck hizo lo mismo con furia similar para colocarse entre los dos. Tan inesperada fue su acción, y tan bien calculado su ímpetu, que Spitz dio un vuelco en el aire y cayó de lomo. Pike que estaba temblando presa de abyecto temor, recobró el valor ante la rebelión de Buck, y saltó sobre el caído jefe. Buck, que había olvidado lo que era jugar limpio, saltó también sobre Spitz. Pero François, riendo ante el incidente, aunque siempre listo para administrar justicia, golpeó con su látigo a Buck sin escatimar su fuerza. Esto no logró alejar a Buck de su postrado rival, y entonces el mestizo tuvo que usar el mango del látigo. Medio aturdido por el golpe, Buck tuvo que retroceder y recibió repetidos latigazos, mientras Spitz castigaba con furia irresistible al culpable Pike.

En los días siguientes, a medida que Dawson se acercaba cada vez más, Buck siguió interponiéndose entre Spitz y los culpables; pero lo hizo con astucia, cuando François no se hallaba cerca. Con la encubierta rebelión de Buck, cundió y tomó incremento una subordinación general. Dave y Sol-leks no tomaron parte en ella, pero el resto del equipo iba de mal en peor. Las cosas ya no salían bien. Habían continuas riñas y demoras. Se presentaban dificultades, detrás de las cuáles se hallaba Buck. Mantuvo ocupado a François constantemente, pues el mestizo temía que se llevara a cabo la inminente lucha a muerte entre los dos, cosa que no dudaba ocurriría tarde o temprano; y más de una noche, al oír el sonido de luchas entre los otros perros, se vio obligado a dejar sus cálidas mantas en su aprensión de que fueran Spitz y Buck.

Pero la oportunidad no se presentó, y una helada tarde llegaron a Dawson sin que se hubiera realizado la gran pelea. Allí había muchos hombres e incontables perros, y Buck vio que todos trabajaban. Parecía que la ley natural era que los perros trabajaran. Durante todo el día pasaban por la calle principal en largos equipos, y durante la noche seguía oyéndose el tintinear de sus cascabeles. Acarreaban troncos para las cabañas y leña para el fuego; llevaban las cargas de las minas, y hacían todo el trabajo que realizaban los caballos en el Valle de Santa Clara. En uno y otro sitio vio Buck a perros del sur; pero la mayoría eran perros de la raza mestiza del esquimal con lobo. Todas las noches, regularmente, a las nueve, a las doce, a las tres de la madrugada, entonaban su cántico nocturno, y una canción fantástica y plañidera a la que contribuía Buck con gran deleite.

Mientras la aurora boreal llameaba fríamente en el firmamento, o cuando las estrellas titilaban entre los resplandores violáceos de las heladas noches del norte, y la tierra yacía helada y rígida bajo su manto de nieve, parecía que la canción de los perros fuera un desafío a la vida, sólo que se elevaba en voz apagada y ronca, con largos gemidos y semisollozos, y resultaba más plañidera que desafiante. Era un cántico ancestral, tan antiguo como la raza misma: uno de los primeros en un mundo más joven, en el que todas las canciones eran quejumbrosas. Este canto plañidero que inquietaba tanto a Buck estaba cargado con la pena de innumerables generaciones. Cuando él gemía y sollozaba, era con el dolor de vivir, tan antiguo como el dolor de sus padres salvajes, y el temor y el misterio del frío y la oscuridad que fue para ellos terror y misterio. Y el hecho de que se sintiera atraído por sus salvajes notas, marcaba la forma completa en que escuchaba a través de las edades la voz de la sangre de sus feroces antecesores.

Siete días después del momento en que entraron en Dawson, se deslizaron por las empinadas orillas del Barracks en dirección al Sendero del Yukón, y se encaminaron hacia Dyea y Salt Water. Perrault llevaba despachos mucho más urgentes que los que había entregado; además, el orgullo del viaje se había apoderado de él, y tenía el propósito de realizar el viaje record del año. Varias cosas le favorecían en su propósito. La semana de descanso había devuelto las fuerzas a sus perros; el sendero que abrieron por el campo estaba endurecido por el paso de viajeros que siguieron sobre sus huellas; además, la policía había instalado en varios sitios depósitos de alimentos para hombres y perros, y de esa manera podía viajar con muy poca carga.

Llegaron al Sixto Mile (una jornada de cincuenta millas de viaje) en el primer día; y el segundo los encontró camino arriba del Yukón, bien adentrados en el sendero que llevaba a Pelly. Más esas esplendidas jornadas no se lograron sin muchas molestias e inconvenientes para François. La insidiosa revuelta dirigida por Buck había destruido la solidaridad del equipo. No era ya como un solo perro que tirara de las bridas. El ánimo que brindó Buck a los rebeldes les hizo cometer toda clase de pecadillos. Ya no era Spitz un jefe al que temieran gran cosa. El antiguo respeto había desaparecido, y llegaron hasta a desafiar su autoridad. Pike le robó una noche la mitad de un pescado, y se la engulló bajo la protección de Buck. Otra noche, Dub y Joe pelearon contra Spitz logrando así hacerle renunciar al castigo que merecían. Y aun Billee, el afable, era menos afable, y no gruñía tan amistosamente como días anteriores. Buck nunca se acercaba a Spitz sin gruñir y mostrar sus dientes en forma amenazadora. Realmente, su conducta se parecía a la de un matón, y le gustaba fanfarronear frente a las mismas narices de Spitz.

El desmoronamiento de la disciplina sirvió también para afectar a los perros en sus relaciones mutuas. Reñían y camorreaban más que nunca entre sí, hasta que en ciertas oportunidades el campamento era un sinfín de aullidos y ladridos ensordecedores. Sólo Dave y Sol-leks seguían siendo los mismos, aunque estaban más irritables por las incesantes riñas. François rugía y juraba con extrañas maldiciones; pateaba la nieve con inútil rabia, y se mesaba los cabellos desesperadamente. Su látigo restallaba de continuo entre los perros, pero no valía eso de nada. En cuanto les daba la espalda, ya estaban todos riñendo otra vez. El mestizo ayudaba a Spitz con su látigo, mientras que Buck apoyaba al resto del equipo. François sabía que Buck era el culpable de todo, y Buck era demasiado astuto para que le sorprendieran otra vez con las manos en la masa. Trabajaba infatigablemente en el arnés, pues la tarea se le había transformado en gozo para él; empero, le resultaba un gozo mucho mayor el precipitar una pelea entre sus compañeros y enredar las bridas.

En la desembocadura del Tahkeena, una noche después de la comida, Dub descubrió un conejo de las nieves y se le arrojó encima sin lograr apresarlo. En un segundo todo el equipo se lanzó a la caza. A unas cien yardas de distancia se hallaba el campamento de la Policía Montada del Noroeste, con cincuenta perros lobos que se unieron a la carrera. El conejo corrió por la orilla del río y tomó por un arroyuelo, sobre cuyo lecho helado emprendió veloz huída. Corría ligeramente sobre la superficie, mientras que los perros se adelantaban sólo a viva fuerza. Buck dirigía la manada, compuesta de sesenta bestias, pero no pudo adelantar terreno. Corría velozmente, mientras su espléndido cuerpo se movía

rítmicamente, salto tras salto, a la luz pálida de la luna. Y salto tras salto, como si fuera algún espíritu alado, el conejo de las nieves huía de sus perseguidores.

Todo el instinto de sus antepasados dominaba ahora a Buck en forma irresistible. Corría a la cabeza de la jauría, persiguiendo a la carne viviente para destrozarla con sus colmillos y llenarse el hocico de sangre cálida.

Hay un éxtasis que marca el punto culminante de la vida, y más allá del cuál la vida no puede elevarse. Tal es la paradoja de vivir. Este éxtasis se presenta cuando uno está más vivo, y es un completo olvido de la vida, le llega al artista, dominado por el anhelo de producir su obra maestra; le llega al soldado, sediento de sangre y rehusando cuartel; y le llegó a Buck, que corría a la cabeza de la jauría, lanzando el antiguo grito de guerra de los lobos, esforzándose por alcanzar el alimento vivo que huía de él a la luz de la luna. Estaba dominado por el pleno éxtasis de vivir, la ola abrumadora de la existencia, el gozo perfecto de sentir en movimiento cada uno de sus músculos, mientras que todo lo que en su cuerpo estaba dotado de vida plena y salvaje le urgía a seguir la persecución sobre la superficie helada.

Pero Spitz, frío y calculador aun en los momentos supremos, abandonó la jauría y cortó camino por una angosta lonja de tierra que formaba una curva del arroyo. Buck no conocía el sitio, y al doblar la curva vio que un perro saltaba desde la orilla para cortar el paso a su presa. Era Spitz. El conejo no podía volverse, y cuando los blancos dientes le rompieron la nuca, lanzó un chillido de dolor. Al oirle, toda la jauría elevó un coro de aullidos gozosos.

Buck no levantó la voz. No se detuvo en su carrera, sino que se lanzó contra Spitz con tanta fuerza que erró la dentellada a su garganta. Se revolvieron en a nieve repetidas veces. Spitz se paró casi tan pronto como había perdido el equilibrio, mordiendo a Buck en el pecho y saltando hacia atrás. Dos veces se cerraron sus dientes como si fueran las mandíbulas de acero de una trampa, mientras retrocedía en busca de terreno más propicio.

En un segundo se dio cuenta Buck. Había llegado el momento. Seria una lucha a muerte. Mientras giraban en círculos, gruñendo con las orejas echadas hacia atrás, esperando la ventaja, la escena resultó completamente familiar a Buck. Le pareció recordarlo todo: los bosques blancos, la tierra y la luz de luna, la excitación de la batalla. Sobre la blancura y el silencio se cernía una clama espectral. No corría el más leve soplo de aire; nada se movía; ni una sola hoja temblaba; el aliento visible de los perros se elevaba lentamente en el aire helado. Pronto despacharon al conejo esos perros que no eran más que lobos mal domesticados; y ahora formaban un círculo expectante. Ellos también guardaban silencio y observaban con ojos brillantes. Para Buck no resultaba nueva ni extraña esa escena de los tiempos inmemoriales. Era como si así hubiera sido siempre la vida.

Spitz era un luchador muy ducho. Desde Spitzbergen a través del Ártico, y en Canadá y los helados desiertos del norte, se había impuesto a toda clase de perros. Estaba dominado por la furia, pero ésta no le cegaba. En su deseo de herir y destrozar, no olvidaba que su enemigo era presa de la misma pasión. No se lanzaba contra el otro hasta estar preparado a resistir otra embestida; no atacaba hasta haberse defendido primero de otro ataque.

En vano trató Buck de hundir sus colmillos en el cuello de enorme perro blanco. Dondequiera que sus dientes buscaran la carne del otro, allí estaban los colmillos de Spitz para hacerle frente. Repetidas veces atacó, pero no podía penetrar la guardia de su enemigo. Luego comenzó a embestir a Spitz en forma continuada y velocísima. Una vez tras otra buscó la blanca garganta, en la que la vida se hallaba muy cerca de la superficie, y siempre lo recibía Spitz con una dentellada y se echaba hacia atrás. Entonces comenzó Buck a embestir como si buscara la garganta, para, a último momento, elevar la cabeza y dar un empellón al otro para tratar de hacerle perder el equilibrio. Mas con cada embestida recibía una nueva herida en el pecho, y su enemigo se libraba del ataque con un salto hacia atrás.

Spitz estaba ileso, mientras que Buck chorreaba sangre por un sinfín de de heridas y respiraba pesadamente. La lucha se había hecho desesperada. Y mientras tanto, el silencioso círculo aguardaba el momento de acabar con la vida del que cayera. Cuando Buck comenzó a jadear, Spitz empezó a embestirlo, obligándole a defenderse para no perder el pie. En cierta oportunidad, Buck cayó, y todo el círculo formado por sesenta perros comenzó a incorporarse; pero logró recobrarse a tiempo, casi en medio de una voltereta, y el círculo volvió a sentarse para continuar su espera.

Buck poseía una cualidad que le hacía más grande; la imaginación. Peleaba por instinto, pero también podía luchar con la cabeza. Embistió, como si tratara de dar un empellón con el pecho, pero en el último momento se agazapó sobre la nieve y sus dientes se cerraron sobre la pata delantera de Spitz. Se oyó el crujir de huesos rotos, y el perro blanco le hizo frente con sólo tres patas. Tres veces trató de derribarlo, luego repitió la treta y le quebró la otra pata. A pesar del dolor y la invalidez, Spitz luchó con denuedo por mantenerse en pie. Vio el silencioso círculo de ojos brillantes que se le acercaban, tal como lo viera en otras oportunidades lanzarse sobre sus abatidos antagonistas. Sólo que esta vez era él el vencido.

No había esperanza para Spitz. Buck fue inexorable. La piedad era algo reservado para climas benignos. Se preparó para la embestida final. El círculo se había cerrado hasta el punto que sentía el aliento de los otros en sus flancos. Los veía ya listos para el salto, con los ojos fijos en él. Pareció sobrevenir una pausa. Todos los animales estaban inmóviles como si se hubieran convertido en piedra. Sólo Spitz se estremecía mientras gruñía en forma terriblemente amenazadora, como si quisiera asustar a la muerte inminente. Luego Buck saltó hacia delante y hacia atrás, pero en el momento en que estuvo al lado de su antagonista, por fin pudo cerrar sus mandíbulas en su garganta. El oscuro círculo se convirtió en un punto sobre la blanca nieve, y Spitz desapareció de la vista. Buck se apartó para observar la escena. Era el vencedor, la bestia primitiva dominante que había matado y estaba satisfecha.

Capítulo 4

EL QUE HA GANADO LA JEFATURA

- ¿Eh? ¿Qué te dije? Decía la verdad cuando afirmé que Buck vale por dos diablos.

Así dijo François la mañana siguiente cuando descubrió que Spitz no se encontraba y que Buck estaba cubierto de heridas. Lo acercó a la luz del fuego para examinarlo.

-Ese Spitz pelea como un demonio – comentó Perrault, al inspeccionar los mordiscos y arañazos.
- Y Buck pelea como dos demonios – fue la respuesta de François – Ahora podremos andar más rápidamente. No estando Spitz, no habrá más dificultades.

Mientras Perrault empacaba las provisiones y cargaba el trineo, el conductor de los perros procedió a colocarle los arneses. Buck se encaminó trotando al sitio que ocupaba Spitz como dirigente; pero François, sin prestarle mayor atención, llevó a Sol-leks a esa posición. A su juicio, Sol-leks era el mejor de todos para dirigir el equipo. Buck se arrojó furiosamente sobre So-leks, echándolo de allí y ocupando su sitio.

-¿Eh? ¿Eh? - gritó François, golpeándose las rodillas y riendo a carcajadas -. Mira a Buck. El mató a Spitz y cree que debe tomar su puesto.
- ¡Afuera, Buck! – gritó, pero Buck se negó a obedecer.

Tomó a Buck por el cuello, y aunque el perro gruñía en forma amenazadora, lo apartó a un lado y volvió a colocar a Sol-leks en la delantera. Al viejo perro no le agradaba el asunto, y demostró muy claramente que temía a Buck. François era obstinado; pero cuando se volvió para retirarse, Buck desplazó otra vez a Sol-leks, el que no tuvo inconveniente en alejarse.

François se dejó dominar por la ira.

- ¡Ahora te arreglaré! – gritó, regresando armado de un pesado garrote.

Buck recordó al hombre de la tricota roja, y retrocedió lentamente; no trató tampoco de atacar cuando Sol-leks fue colocado de nuevo en la delantera. Pero se paseó a cierta distancia, fuera del alcance del garrote, gruñendo con furia y amargura, y mientras lo hacía vigilaba el garrote para poder esquivarlo si el mestizo se le arrojaba.

El conductor siguió con su trabajo, y llamó a Buck cuando estuvo listo para colocarlo en su lugar de siempre frente a Dave. Buck retrocedió dos o tres pasos. François lo siguió, pero el perro siguió retrocediendo. Al cabo de cierto tiempo de repetir la operación, François arrojó el garrote al suelo, creyendo que Buck temía ser castigado; pero el perro se había rebelado por completo. No quería escapar a un castigo, sino ocupar la jefatura. Era suya por derecho. La había ganado, y no estaría satisfecho hasta ocuparla.

Perrault se dispuso a ayudar a François. Entre los dos corrieron durante casi una hora. Le arrojaron palos que Buck esquivó. Lo maldijeron tanto a él como a su padre y su madre y a toda la descendencia que tendría hasta la generación más remota, y a cada pelo de su cuerpo y gota de sangre de sus venas; y él respondió a las maldiciones con gruñidos y se mantuvo fuera de su alcance. No trató de huir, sino que retrocedía lentamente siempre cerca del trineo, demostrando claramente que se portaría bien cuando le hicieran gusto.

François se sentó en el suelo y se rascó la cabeza. Perrault consultó su reloj y soltó un rosario de maldiciones. El tiempo volaba, y ya deberían haber emprendido el camino una hora antes. François se rascó de nuevo la cabeza, la sacudió y le sonrió al estafetero, el que

se encogió de hombros para demostrar que estaban vencidos. Entonces François se acercó al sitio donde se hallaba Sol-leks y llamó a Buck. Este rió a la manera de los perros, pero sin acercarse. François desató entonces a Sol-leks y volvió a colocarlo en su antiguo sitio. El equipo estaba enganchado ya al trineo en una línea ininterrumpida, listo para emprender la marcha. No había sitio para Buck más que en la delantera. Una vez más lo llamó François, y una vez más rió Buck manteniéndose a distancia.

-¡Arroja el garrote! – ordenó Perrault.

François así lo hizo, y al verlo, Buck se acercó riendo triunfante, y se colocó a la cabeza del equipo. Le engancharon el arnés, partió el trineo, y se lanzaron velozmente por el sendero.

Por más que el mestizo había demostrado gran apreciación por Buck, con su pintoresca comparación con los dos diablos, se dio cuenta muy pronto que no lo había juzgado en todo su valor. De un salto Buck se hizo cargo de los deberes que implicaba la jefatura; y en lo que se refería a sensatez, rapidez de pensamiento y de acción, demostró ser superior aún a Spitz, el cual había sido lo mejor que conociera François como perro dirigente.

Pero fue en dictar leyes y hacerlas cumplir por sus compañeros en lo que Buck demostró gran competencia. A Dave y Sol-leks no les molestaba el cambio de jefatura; no era asunto de ellos. Lo que les interesaba era el trabajo. Mientras nadie interrumpiera su tarea, no les importaba lo que ocurriese. Para ellos era lo mismo que fuese Billee el dirigente, siempre que mantuviera el orden. El resto del equipo, sin embargo, se había tornado muy indisciplinado durante los últimos días de Spitz, y fue grande su sorpresa cuando Buck comenzó a castigarlos para que se portaran bien.

Pike, que ocupaba el sitio siguiente al de Buck, y que nunca tiraba más de lo que era estrictamente necesario, fue castigado repetidas veces por haragán, y antes de que terminara el primer día trabajaba más de lo que nunca lo había hecho en su vida. La primera noche que instalaron el campamento, Joe el hosco, recibió una buena paliza, cosa que Spitz nunca había podido hacer. Buck no hizo más que aplastarlo con su enorme peso y le castigó hasta que el otro cesó de lanzar dentelladas y comenzó a gemir pidiendo clemencia.

La conducta general del equipo mejoró inmediatamente. Recobró su antigua solidaridad, y una vez más los perros tiraban de las riendas como si fueran un solo cuerpo. Al llegar a Rink Rapids se agregaron dos perros nativos –Teca y Koona- , y la celeridad con que Buck los dominó le hizo contener la respiración a François.

-¡Nunca he visto un perro como ese Buck! – gritó. ¡Nunca! ¡Vale por mil dólares, por Cristo! ¿Eh? ¿Qué dices Perrault?

Perrault asintió. Ya estaba más adelantado de lo que exigía el gobierno, y ganaba terreno día tras día. El sendero estaba en excelentes condiciones; bien endurecido, y no había nueva nieve con la que luchar. No hacía demasiado frío. La temperatura bajó a treinta grados bajo cero y así se mantuvo durante todo el viaje. Los hombres corrían por turno mientras uno de ellos cabalgaba en el trineo, y los perros marchaban incesantemente, con muy pocas paradas.

El río Thirty Mile estaba más o menos cubierto por el hielo, y avanzaron en un solo día del regreso la distancia que les costó diez días la primera vez que lo tuvieron que cruzar. En una sola etapa cubrieron las sesenta millas que separan el Lago Le Barge de los Rápidos del Caballo Blanco. A través de Marsh, Tagish y Bennett (setenta millas de lagos), corrieron tan velozmente que el que debía marchar a pie se vio obligado a asegurarse al trineo por medio de una cuerda. Y la última noche de la segunda semana traspusieron el Paso Blanco y descendieron hacia el mar y las luces de Skaguay y de los barcos que se desviaban por debajo de ellos.

Resultó un viaje récord. Durante catorce días viajaron a un velocidad promedio de cuarenta millas diarias. Durante tres días, Perrault y François se pasearon muy orondos por la calle principal de Skaguay y recibieron innumerables invitaciones para beber mientras que el equipo era el centro de la constante admiración de los conductores de trineos y buscadores de oro. Fue entonces cuando tres a cuatro bandoleros del oeste intentaron hacer una limpieza en el pueblo, se los acribilló a balazos, y el interés público se volvió hacia otros ídolos.

Luego llegaron órdenes del gobierno. François llamó a Buck, le echó los brazos al cuello y lloró sobre su lustroso pelaje. Esa fue la última vez que Buck vio a Fançois y a Perrault. Como otros hombres, se alejaron para siempre de la vida de Buck.

Un mestizo escocés se hizo cargo de él y de sus compañeros, y en compañía de una docena de otros equipos, emprendieron de nuevo la marcha por el sendero que llevaba a Dawson. No era ya cuestión de correr aliviados ni de batir records, sino de intensa tarea diaria, con una pesada carga en el trineo, pues era ése el tren-correo que llevaba las noticias del mundo a los hombres que buscaban oro bajo la sombra del polo.

A Buck no le agradaba la nueva tarea, pero la cumplía bien, enorgulleciéndose de ella como lo hacían Dave y Sol-leks, y ocupándose de que sus compañeros, les gustara o no, cumplieran con su parte del trabajo. Era una vida monótona, en la que trabajaba con la regularidad de una máquina. Todas las mañanas a cierta hora, los cocineros se levantaban, encendían los fuegos y se desayunaba. Luego, mientras unos desarmaban las tiendas, otros enganchaban a los perros y se ponían en camino una hora antes de que rompiera el día. Al llegar la noche, se hacía alto y se acampaba. Algunos armaban las tiendas, otros cortaban leña para el fuego y ramillas de pino para las camas, y otros acarreaban agua o hielo para los cocineros. Además, se alimentaba a los perros. Para ellos, era ése el único entretenimiento del día, pues resultaba agradable holgazanear durante una hora o dos con los otros perros, de los cuales había más de cien. Entre ellos había terribles luchadores pero tres peleas con los más feroces elevaron a Buck a la posición más elevada entre ellos, de manera que cuando gruñía y mostraba los dientes todos le abrían paso.

Lo que mas le agradaba era echarse cerca del fuego con las patas estiradas, la cabeza en lo alto y los ojos soñadores fijos en las llamas. A veces pensaba en la enorme casa del juez Miller, en el soleado Valle de Santa Clara, y en el tanque de cemento, y en Isabel, la perrilla mejicana, y en Toots, el faldero japonés; pero más a menudo recordaba al hombre de la tricota roja, la muerte de Curly, la terrible pelea con Spitz, y las cosas buenas que había

comido y que le gustaría comer. No sentía nostalgia. Las tierras cálidas se hallaban muy lejos, y esos recuerdos no tenían gran poder sobre él. Y mucho más potentes eran las memorias heredades, y las que daban un aspecto de familiaridad a cosas que nunca había visto antes; los instintos (que no eran más que memorias de sus antecesores convertidas en hábitos) comenzaron a predominar en Buck.

A veces, allí echado, parpadeando al mirar las llamas con ojos soñadores, le parecía que esas llamas pertenecían a otro fuego, y que era otro el hombre que tenía enfrente. Ese otro hombre tenía las piernas más cortas y los brazos más largos, con músculos que eran delgados y nudosos en lugar de redondos e hinchados. El pelo de ese hombre era largo y enmarañado, y le crecía desde casi encima de los hombros. Emitía extraños sonidos, y parecía temer enormemente a la oscuridad, en la que hundía sus ojos continuamente, aferrando con mano temblorosa un garrote rematado en una filosa piedra. Estaba desnudo, pero tenía el cuerpo cubierto de un vello espeso y sucio que parecía ser una piel. No se erguía sobre sus piernas, sino que llevaba el tronco inclinado hacia delante. Su cuerpo estaba dotado de una agilidad casi felina y se mantenía alerta como si viviera en perpetuo temor de cosas visibles e invisibles.

Otras veces ese hombre peludo sentábase frente al fuego, con la cabeza entre las piernas y dormía. En esas oportunidades tenía los codos apoyados sobre las rodillas, y las manos entrelazadas sobre la cabeza como para protegerse de la lluvia con sus peludos antebrazos. Y más allá de ese fuego, en la oscuridad circundante, Buck podía ver muchos carbones ardientes, siempre gemelos, a los que reconocía como los ojos de enormes bestias voraces. Y podía oír el crujir de la maleza al paso de sus cuerpos, y los ruidos que hacían durante la noche. Soñando así, a orillas del Yukón, con ojos perezosos que parpadeaban ante el fuego, esos sonidos y visiones de otro mundo le hacían erguir el pelambre del lomo y del cuello, o gruñir con ira, y el cocinero mestizo le gritaba:

-¡Ea, Buck, despierta!

Al conjuro de esas palabras, desaparecía el otro mundo, siendo remplazado por el actual, y Buck se levantaba y se desperezaba como si hubiera dormido realmente.

Fue ése un viaje terrible, y el trabajo los agotó. Habían perdido peso y estaban en malas condiciones cuando llegaron a Dawson, y necesitaban por lo menos diez días de descanso. Pero dos días después descendieron de nuevo a las orillas del Yukón, cargados con correspondencia para el exterior. Los perros estaban fatigados; los conductores furiosos, y para empeorar las cosas, nevó todos los días. Eso significaba que tendrían camino blando, mayor fricción en los patines y más trabajo para los perros; sin embargo, los conductores obraron muy prudentemente, e hicieron lo posible por mejorar la situación de los animales.

Todas las noches se atendía primero a los perros. Comían ellos antes que los conductores, y ningún hombre se acostaba hasta haber examinando las patas de sus perros. A pesar de todo ello, sus fuerzas disminuyeron. Desde comienzos del invierno habían viajado mil ochocientas millas, arrastrando trineos en toda la tremenda distancia; y mil ochocientas millas minan la fortaleza del más vigoroso. Buck lo soportó, obligando a sus compañeros a cumplir con su trabajo y manteniendo la disciplina, aunque también él estaba agotado.

Billee se quejaba y gemía en sueños todas las noches. Joe estaba más hosco que nunca, y a Sol-leks era imposible acercársele, ya fuera por el lado de su ojo ciego y por el otro.

Pero fue Dave el que sufrió más que ninguno. Algo le ocurría; se tornó cada vez más hosco e irritable, y cuando se hacía el alto nocturno, preparaba de inmediato su cubil y allí había que darle su ración. Una vez libre del arnés, no volvía a levantarse hasta la mañana siguiente. A veces, en marcha ya, cuando se sacudía por una parada brusca del trineo, o cuando se esforzaba para emprender la marcha, gemía dolorido. El conductor lo examinó, sin poder encontrarle nada. Todos los conductores se interesaron en su caso. Lo comentaban a la hora de las comidas, y al fumar su pipa antes de acostarse; y una noche realizaron una consulta. Se lo llevó de su cubil al fuego y lo palparon por todas partes hasta que gimió dolorosamente varias veces. Algo en su interior andaba mal, pero no pudieron localizar ningún hueso roto ni averiguar de qué se trataba.

Para cuando llegaron a Cassiar Bar, estaba tan débil que cayó repetidas veces en el camino. El mestizo hizo alto y lo retiró del equipo, asegurando a Sol-leks en su sitio. Su intención era hacer descansar a Dave, dejándolo correr en libertad detrás del trineo. Enfermo como estaba, Dave se resintió porque lo sacaron de los arneses, gruñendo y ladrando mientras se aflojaban las bridas, y gimiendo apesadumbrado cuando vio a Sol-leks en la posición que fuera suya durante tanto tiempo. Era el suyo el orgullo del sendero, y enfermo de muerte, no podía soportar que otro perro hiciera su trabajo.

Cuando partió el trineo, Dave corrió por la nieve a lo largo del camino, atacando a Sol-leks a dentelladas, embistiéndolo y tratando de arrojarlo sobre la nieve blanda al otro lado del sendero, esforzándose por saltar entre las riendas y colocarse entre Sol-leks y el trineo, y todo el tiempo gemía y se lamentaba presa de horribles dolores. El mestizo trató de alejarlo con el látigo; pero Dave no prestó atención a los golpes, y el hombre no tuvo lugar para castigarle con mayor fuerza. Dave rehusó correr por el camino detrás del trineo, donde le sería fácil hacerlo, sino que continuó saltando por la nieve blanda, donde era muy dificultosa la marcha, hasta que quedó exhausto. Entonces cayó aullando lúgubremente cuando el largo tren de trineos pasó a su lado.

Con el resto de sus fuerzas, se las arregló para seguir avanzando a rastras hasta que el tren hizo otra parada, y entonces se acercó a su trineo y se detuvo al lado de Sol-leks. Su conductor se demoró un poco para pedirle fuego para su pipa al que iba detrás de él. Luego se volvió y dio la orden de partida a sus perros. Estos emprendieron la marcha con extraordinaria facilidad, volvieron las cabezas con expresión inquieta, y se detuvieron sorprendidos. El conductor también demostró sorpresa; el trineo no se había movido. Llamó a sus camaradas para que observaran lo ocurrido. Dave había cortado las riendas que aseguraban a Sol-leks, y se hallaba parado frente al trineo en su sitio de costumbre.

Imploró con la mirada para que lo dejaran allí y el conductor demostró su perplejidad. Sus camaradas comentaron el hecho de que un perro sintiera pena al ser alejado del trabajo que lo estaba matando, y recordaron ejemplos de perros que, demasiados viejos para la tarea, o heridos, habían muerto porque los retiraron del equipo. También consideraron que sería misericordioso (ya que Dave debía morir de cualquier manera) que muriese en su puesto, satisfecho y contento. De modo que le colocaron el arnés, y orgullosamente unió su

esfuerzo al de los demás, aunque en repetidas ocasiones gimió involuntariamente por el dolor que le corroía las entrañas. Varias veces cayó y fue arrastrado por sus compañeros, y en cierta oportunidad el trineo le pasó por encima, de manera que siguió la marcha cojeando dificultosamente.

Pero se mantuvo de pie hasta llegar el momento de acampar, y su conductor le preparó una cama cerca del fuego. Al llegar la mañana estaba demasiado débil para viajar. A la hora de enganchar, trató de arrastrarse hasta el trineo. Con esfuerzos convulsivos logró levantarse., se tambaleó un poco y cayó. Luego se fue adelantando lentamente hacia el equipo. Avanzaba las patas delanteras y arrastraba el cuerpo detrás de ellas en un movimiento lento y doloroso, para volver a repetir la operación y avanzar unas pocas pulgadas más. Al fin le abandonaron as fuerzas, y sus compañeros le vieron por última vez echado en la nieve y mirándolos con expresión ansiosa. Pero siguieron oyendo sus fúnebres aullidos hasta que pasaron un pequeño bosque a la orilla del río y lo perdieron de vista.

Allí se detuvo el tren. El mestizo escocés regresó lentamente hasta el sitio donde acamparan. Los hombres callaron un momento. Sonó el estampido de un disparo de revólver y el mestizo regresó apresuradamente. Restallaron los látigos, los cascabeles tintinearon alegremente y los trineos se deslizaron por el sendero; pero Buck sabía, como todos los otros perros, lo que había ocurrido detrás de los árboles de la orilla del río.

Capítulo 5

LA ARDUA FAENA DEL SENDERO

Treinta días después de haber salido de Dawson, llegó a Skaguay el Correo de Salt Water con Buck y sus compañeros en la delantera. Se hallaban en un estado desastroso, completamente agotados por los viajes. Las ciento cuarenta libras de Buck se habían convertido en ciento quince. El resto de sus compañeros, a pesar de ser perros más livianos, había perdido más peso que él. Pike, el ladronzuelo, quien en su larga vida de engaños había fingido estar cojo en más de una ocasión, cojeaba ahora realmente. Sol-leks se movía con dificultad, y Dub tenía una paleta dislocada.

Todo el equipo sufría de terribles dolores en las patas. No les quedaba ya agilidad ni elasticidad ninguna. Sus patas se apoyaban pesadamente en el sendero, haciéndoles sacudir el cuerpo y redoblando así la fatiga del viaje. No era nada serio lo que pasaba, excepto que estaban completamente agotados. No era el agotamiento producido por un esfuerzo excesivo, pero breve, del que podían recobrarse en pocas horas; sino que era el agotamiento motivado por el lento y prolongado esfuerzo de meses. No les quedaba poder de recuperación; ninguna reserva de fuerzas a la que recurrir. Todo había sido usado, hasta la última partícula. Cada músculo, cada fibra, cada célula, estaba fatigada, terriblemente fatigada. Y había una razón para ello. En menos de cinco meses habían viajado dos mil quinientas millas, y durante las últimas mil ochocientas sólo había tenido cinco días de descanso. Cuando llegaron a Skaguay, se hallaban aparentemente, a punto de caer de fatiga. Apenas si podían mantener tirantes las riendas, y en los descansos les costaba un esfuerzo el evitar ser aplastados por el trineo.

-¡Mush!, pobres viejos – les animaba el conductor al entrar en la calle principal de Skaguay -. Ya llegamos, y ahora tendremos un largo descanso, ¿eh? ¡Seguro que sí; un largo descanso!

Los conductores esperaban gozar de un bien merecido descanso. Ellos mismos habían hecho un viaje de mil doscientas millas con sólo dos días de parada, y como es muy natural, se merecían holgazanear unos días. Pero eran tantos los hombres que habían llegado a Klondike, y tantas las novias, esposas y parientes que no lo habían hecho, que el correo atrasado tomaba proporciones gigantescas; además, había órdenes oficiales. Nuevos grupos de perros de la Bahía Hudson reemplazarían a los que no estaban en condiciones de emprender la marcha. Había que librarse de ellos, y, ya que los perros tenían poca importancia, deberían ser vendidos.

Pasaron tres días, durante los cuáles Buck y sus compañeros se dieron cuenta de lo fatigados y débiles que se hallaban. Luego, la mañana del cuarto día, llegaron dos hombres, de los Estados Unidos y los compraron con arneses y todo por una insignificancia.

Los hombres se llamaban Hal y Charles. Este último era un individuo de edad mediana, piel blanca, ojos de expresión débil y un mostacho que se retorcía fieramente hacia arriba, como para contrarrestar la impresión del labio caído que ocultaba. Hal era un joven de diecinueve o veinte años de edad, armado con un enorme revólver Colt y un cuchillo de caza, pendientes de un cinturón lleno de proyectiles. Ese cinturón ero lo más llamativo en él. Proclamaba su dureza de sentimientos. Era claro que ambos hombres no se hallaban en su medio, y la razón que se hubieran aventurado en el norte era un misterio imposible de entender.

Buck oyó las conversaciones; vio que el dinero pasaba de manos de los desconocidos a la del agente del gobierno, y se dio cuenta de que el mestizo escocés y los conductores del tren-correo se alejaban de su vida siguiendo los pasos de Perrault y François y de los otros que conociera antes.

Cuando fue llevado con sus compañeros hacia el campamento de sus nuevos amos, Buck vio el desorden y la falta de cuidado por todas partes: la tienda a medio armar, los platos sin lavar, todo en desorden; además vio a una mujer. “Mercedes” la llamaban los hombres. Era la esposa de Charles y hermana de Hal… ¡Bonito grupo familiar!

Buck los observó con atención cuando los hombres se aprestaron a recoger la tienda y cargar el trineo. Hubo mucho esfuerzo en su forma de proceder, pero nada de método. Enrollaron la tienda convirtiéndola en un atado tres veces más grande de lo que debía ser. Se guardaron los platos de hojalata sin lavar. Mercedes se ponía continuamente al paso de los hombres, manteniendo una constante charla, compuesta por partes iguales de consejos y reconvenciones. Cuando colocaron un saco lleno de ropa en la parte delantera del trineo, sugirió ella que debía ir en la trasera; y cuando la hubieron puesto en la trasera, cubriéndola con otros bultos, descubrió Mercedes que había olvidado guardar algunos artículos que no podían ir en otro sitio que en ese mismo saco, y ellos volvieron a descargar.

Tres hombres de un campamento vecino se acercaron para observar el trabajo de los bisoños, sonriendo e intercambiando guiños maliciosos entre sí.

- Ya tienen bastante carga – comentó uno de ellos -,y no soy yo quien deba decirles cómo hacer las cosas, pero no les aconsejo que lleven esa tienda.
- ¡Ni soñarlo! – contestó Mercedes, elevando las manos en gracioso ademán de protesta -. ¿Cómo podría yo acampar sin una tienda?
- Estamos en primavera, y no hará más frío – replicó el hombre.

Ella negó con firme movimiento de cabeza, y Charles y Hal colocaron los últimos bultos sobre la fantástica carga.

- ¿Creen que caminará? – preguntó uno de los hombres.
- ¿Y por qué no? – demandó Charles, algo amoscado.
- ¡Oh, no lo tome a mal! – se apresuró a decirle el otro con tono humilde -. No hacía más que preguntarlo, eso es todo. Me pareció que la carga era poco pesada.

Charles le dio la espalda y aseguró las correas lo mejor que pudo…, que no era muy bien.

- Y es claro que los perros pueden marchar todo el día arrastrando esa montaña – comentó otro de los mirones.
- Por supuesto que sí – repuso Hal, con helada cortesía, tomando la lanza del trineo con una mano y haciendo restallar el látigo con la otra.
- ¡Mush! – grito -. ¡Mush!

Los perros dieron un salto y tiraron de las riendas durante unos momentos, luego dejaron de esforzarse. Eran incapaces de mover el trineo.

- ¡Malditos perezosos, yo les enseñaré! –grito Hal, preparándose a castigarles con el látigo.

Pero Mercedes se interpuso:

- ¡Oh, Hal, no debes hacerlo! – gritó, quitándole el látigo de un manotón -. ¡Pobrecillos! Debes prometerme no ser malo con ellos o no me alejaré un paso de aquí.
- ¡Mucho sabes tú de perros! – gruñó su hermano -. Sería mejor que me dejaras en paz. Te digo que son unos holgazanes, y hay que castigarlos para conseguir que trabajen. Así se portan siempre. Pregúntale a cualquiera. Pregúntale a esos hombres.

Mercedes miró a los curiosos con expresión implorante.

- Están muy débiles, si es que quiere saberlo – fue la respuesta de uno de ellos -. Lo que les pasa es que están agotados. Necesitan descanso.
- ¡Al infierno con el descanso! – gritó Hal.
- ¡Oh! – exclamó Mercedes, escandalizada ante la maldición.

Pero ella era muy apegada a su familia, y al instante salió en defensa de su hermano.

- No le prestes atención a ese hombre – dijo -. Tú conducirás a nuestros perros como mejor te parezca.

El látigo de Hal castigó a los perros. Estos comenzaron a tirar de las riendas, hundieron sus patas en la nieve y se esforzaron todo lo posible; pero el trineo se quedó en su sitio como si estuviera fijo con un ancla. Al cabo de unos minutos de continuado esfuerzo, los perros se quedaron inmóviles y jadeantes. El látigo silbó con terrible salvajismo, y otra vez intervino Mercedes. Con los ojos llenos de lágrimas, se arrodilló frente a Buck y le rodeó el cuello con los brazos.

- ¡Pobrecillos! – exclamó con tono acongojado -, ¿Por qué no hacen un esfuerzo? Así no les castigarían.

A Buck no le agradaba la mujer; pero se sentía demasiado desdichado para rechazarla, aceptándola como parte del terrible trabajo del día.

Uno de los mirones, que había estado apretando los dientes para reprimir amargas palabras de reproche, se decidió a hablar.

- No es que me importe un ardite lo que les pase a ustedes; pero por el bien de los perros quiero decirles que podrían partir si despegaran el trineo del hielo. Los patines están completamente adheridos a la nieve. Mueva la lanza de derecha a izquierda y podrá despegarlos.

Hicieron otra tentativa, pera esta vez, siguiendo el sabio consejo, Hal despegó los patines que se había adherido firmemente a la nieve. El recargado trineo comenzó a avanzar, mientras Buck y sus compañeros comenzó a avanzar, mientras Buck y sus compañeros trabajaban desesperadamente bajo una lluvia de golpes. A unas cien yardas de distancia, el camino hacía una curva y bajaba en empinada cuesta hacia la calle principal. Se hubiera necesitado un hombre experimentado para mantener erecto el recargado trineo, y Hal no lo era. Al tomar la curva se volcó el vehículo, deslizándose su carga entre las correas mal sujetas. Los perros no se detuvieron. El trineo, ya más liviano, siguió deslizándose detrás de ellos. Estaban enojados por los malos tratos que habían recibido y por la injusta carga. Buck se sentía furioso. Comenzó a correr y todo el equipo lo siguió.

- ¡Whoa! ¡Whoa! – les gritaba Hal, pero los perros no le prestaron atención.

El hombre tropezó y cayó a suelo. El trineo le pasó por encima y los perros siguieron corriendo por la calle principal, provocando el regocijo de los ciudadanos de Skaguay al diseminar el resto de la carga a lo largo de la calle.

Algunos hombres bondadosos detuvieron a los perros y recogieron la carga. Además, ofrecieron sus consejos. La mitad de la impedimenta y el doble de perros, si es que los viajeros querían llegar a Dawson. Hal, su hermana y su cuñado les escuchaban de mal talante. Luego retiraron la tienda y comenzaron a clasificar el quipo de viaje. Sacaron

alimentos en conserva, cosa que hizo reír a los curiosos, pues esos lujos eran desconocidos en el sendero.

- Mantas para un hotel – comentó uno de los hombres que reían y ayudaban.
- Con la mitad tienen de sobra; dejen el resto. Tiren esa tienda y todos esos platos…, de todos modos, ¿quién los va a lavar? ¡Dios mío! ¿Creen que viajan en Pullman?

Y así siguió la inexorable eliminación de lo superfluo. Mercedes rompió a llorar cuando se arrojó al suelo su saco de ropa y comenzaron a descartar prenda tras prenda. Juró no moverse un centímetro. Rogó a todos, y finalmente se enjugó los ojos y comenzó a arrojar cosas que resultaban de necesidad imperiosa. En su desesperación, cuando hubo finalizado con lo suyo, atacó las pertenencias de sus hombres y pasó por entre ellas como si fuera un huracán.

Una vez terminado esto, el equipo de viaje, aunque reducido a la mitad, seguía siendo una carga formidable. Charles y Hal salieron esa noche y compraron seis perros más. Estos, agregados a los seis del equipo original y Teek y Koona, los dos obtenidos en Rink Rapids durante el viaje record de Perrault, aumentaron el equipo a catorce. Pero los nuevos perros, extranjeros todos aunque entrenados desde que los desembarcaran, no valían gran cosa. Tres eran pachones de pelo corto, uno Terranova, y los otros dos eran mestizos de raza indefinida. Esos recién llegados no parecían saber nada de nada. Buck y sus compañeros los miraron con disgusto, y aunque muy rápidamente les enseñó Buck lo que no debían hacer, no pudo enseñarles cuáles eran sus deberes. No se acostumbrarían a la vida del sendero. Con excepción de los dos mestizos, todos estaban aturdidos y diseminados por el extraño medio ambiente salvaje en el que se encontraban y por los malos tratos que habían recibido.

Con esos perros nuevos desvalidos e incapaces de nada, y el viejo equipo agotado por las dos mil quinientas millas de continuos viajes, la perspectiva no era nada brillante. Sin embargo, los dos hombres estaban muy alegres y orgullosos. Emprenderían viaje con catorce perros. Habían visto partir otros trineos en dirección a Dawson, pero ninguno tenía tantos. Había una razón para que en el Artico no viajara ningún trineo arrastrado por catorce perros, y era que un solo trineo no podía cargar el alimento suficiente para un número semejante de animales. Pero Charles y Hal ignoraban ese detalle. Habían calculado el viaje con un lápiz: tanto por perro, tantos perros, tantos días de viaje. Mercedes miraba los cálculos por sobre sus hombros y asentía encantada; todo resultaba muy sencillo.

Ya muy avanzada la mañana siguiente, Buck encabezó el largo equipo por la calle principal. No había animación en él ni en sus compañeros. Emprendían el viaje completamente agotados. Cuatro veces había cubierto él la distancia entre Salt Water y Dawson, y el conocimiento de que, abatido y fatigado, se enfrentaba de nuevo a la larga jornada, lo amargaba terriblemente Ni su corazón ni el de ninguno de los otros estaba en su trabajo. Los perros extranjeros eran tímidos y estaban atemorizados; los nativos no tenían confianza ninguna en sus amos.

Buck presentía vagamente que no se podía depender de esos hombres ni de la mujer. No sabían hacer nada, y al pasar los días se hizo aparente que no podían aprender. Eran negligentes para todo, y no tenían orden ni disciplina. Necesitaban la mitad de la noche

para instalar el campamento, y media mañana para levantarlo y cargar el trineo en forma tan defectuosa que durante el resto del día se veían obligados a detenerse varias veces para volver a acomodar la carga. Algunos días no lograban viajar ni diez millas. Otros, eran incapaces de emprender la marcha. Y ningún día lograron cubrir más de la mitad de la distancia tomada como base por los hombres para calcular el alimento de los perros.

Era inevitable que les faltara comida para los animales. Pero ellos apresuraron el momento dándoles demasiado de comer. Los perros extranjeros, cuyas digestiones nos estaban acostumbradas por el hambre crónica a aprovechar lo máximo de lo poco que les dieran, tenían apetitos voraces. Y teniendo en cuenta que, agregado a esto, los agotados nativos tiraban muy débilmente, Hal decidió que la ración normal era demasiado escasa. La aumentaron al doble. Y para rematar todo eso, cuando Mercedes no pudo convencerle de que les diera más comida a los perros, ella comenzó a robar de los sacos de pescado y a alimentarlos a escondidas. Pero no era alimento lo que Buck y los otros necesitaban, sino descanso. Y aunque marchaban con mucha lentitud, la pesada carga que arrastraban minaba severamente sus fuerzas.

Luego llegó el momento en que debieron pasar hambre, Hal despertó una mañana y comprobó que la mitad del alimento de los perros había desparecido y que la distancia que se había cubierto era sólo una cuarta parte; además, era imposible obtener más provisiones ni por amor ni por dinero. De modo que disminuyó la ración normal y trató de aumentar la jornada diaria. Su hermana y su cuñado le apoyaron; pero vieron frustrados sus esfuerzos por la pesada carga y por su propia incompetencia. Era cosa muy fácil darles menos comida a los perros; pero resultaba imposible hacerles viajar más rápidamente, mientras que su propia incapacidad para emprender el viaje diario más temprano les impedía viajar más horas. No sólo ignoraban cómo manejar a los perros, sino que también ignoraban la forma de manejarse a sí mismos.

El primero en abatirse fue Dub. Por ladronzuelo tonto que fuera, siempre dejándose sorprender y castigar, había sido sin embargo un trabajador incansable. Su paleta dislocada, privada de atención, fue de mal en peor, hasta que finalmente Hal le disparó un tiro con su enorme Colt. Suele decirse en aquella región que un perro extranjero se muere de hambre con la ración con que se mantiene uno nativo, de modo que los seis extranjeros del equipo de Buck no podían hacer menos que morirse con la mitad de esa ración. El Terranova fue el primero, seguido luego por los tres pachones de pelo corto; los dos mestizos se aferraron con más tenacidad a la vida, pero al fin murieron también.

Para ese momento ya había desparecido la capa de suavidad y cortesía de las tres personas. Desprovisto de su encanto y atractivo, el viejo Ártico se convirtió para ellos en una realidad demasiado ruda para su preparación anterior. Mercedes dejó de llorar por los perros, pues estaba demasiado ocupada llorando por sí misma y riñendo con su hermano y su esposo. Las peleas era lo único de lo que no se cansaban. Su irritabilidad nació de su desdicha, aumentó con ella, hasta redoblarse y dejarla muy atrás. La maravillosa paciencia del sendero, que es prerrogativa de los hombres que trabajan arduamente y sufren en silencio, conservándose bondadosos y corteses, era desconocida para ellos. No tenían idea siquiera de esa paciencia. Estaban cansados y doloridos; sus músculos les dolían; sus huesos les dolían; hasta sus mismos corazones les hacían daño; y debido a esto hablaban

rudamente, y las palabras bruscas eran las primeras en sus labios por la mañana y las últimas por la noche.

Charles y Hal reñían en cuanto Mercedes les daba la oportunidad. Cada uno de ellos creía firmemente que hacía mucho más de su parte de trabajo, y ninguno de ellos tenía empacho en comentar esa creencia a cada momento. A veces Mercedes se ponía de parte de su esposo, y a veces de parte de su hermano. El resultado era una bonita e interminable riña familiar. Comenzando con un altercado respecto a quién debería cortar unos pocos leños para el fuego (una disputa que sólo concernía a Charles o Hal), a poco se introducía en a discusión al resto de la familia: padres, madres, tíos, primos, personas que se hallaban a miles de millas de distancia, y algunos de los cuales no existían ya. El hecho de que los puntos de vista artísticos de Hal, o la clase de obras que escribió el hermano de su madre, tuvieran algo que ver con la leña para el fuego, está más allá de nuestro alcance; sin embargo la disputa tendía tanto en esa dirección como en la de los prejuicios políticos de Charles. Y el hecho de que la lengua viperina de la hermana de Charles tuviera algo que ver con un viaje por el Yukón, sólo era aparente para Mercedes, quien expresaba innumerables opiniones sobre ese tema, e, incidentalmente, sobre algunos otros rasgos especialmente desagradables de la familia de su esposo. Mientras tanto el fuego seguía sin arder, el campamento sin preparar, y los perros no comían.

Mercedes no tenía resentimiento especial: el resentimiento de su sexo. Era bonita y suave, y había sido tratada cortésmente toda su vida. Pero el trato actual de que le hacían objeto su esposo y su hermano era cualquier cosa menos cortés. Era costumbre suya obrar como si estuviera desvalida. Los otros se quejaban. En vista de esa negación de lo que para ella era su prerrogativa, hacía insoportable la vida de los dos hombres. No tenía ya en consideración a los perros, y el porque estaba cansada e irritada, insistía en viajar sobre el trineo. Era bonita y suave, pero pesaba sesenta kilos…, un aumento formidable para la carga arrastrada por los débiles y hambrientos animales. Así viajó ella durante días, hasta que los perros se desplomaron al suelo y el trineo se detuvo. Charles y Hal le rogaron que caminara, le imploraron de rodillas, mientras ella lloraba e importunaba al cielo con una descripción de la brutalidad de sus familiares.

En cierta oportunidad la sacaron del trineo a viva fuerza. Nunca más volvieron a hacerlo. Ella aflojó las piernas como si fuera un chiquillo mimado, y se dejó caer en el sendero. Los otros siguieron camino, pero ella no se movió. Después de haber viajado tres millas, descargaron el trineo, regresaron a buscarla, y a viva fuerza la cargaron de nuevo sobre el trineo.

Dominados por sus propias desdichas, eran insensibles al sufrimiento de sus animales. La teoría de Hal, que practicaba en los otros, era que uno debía endurecerse. Había comenzado a predicar esa doctrina a su hermana y su cuñado. Al fracasar con ellos, lo hizo con los perros con la ayuda de un garrote. Al llegar a Five Fingers, se terminó el alimento para los perros, y una vieja india les ofreció cambiarles unas libras de cuero de caballo helado por el revólver Colt que hacía compañía al cuchillo en el cinturón de Hal. Pobre sustituto de alimento resultó ese cuero, pues había sido quitado a los animales muertos de hambre de los ganaderos hacía seis meses. Como estaba congelado, se parecía más a lonjas de hierro

galvanizado, y cuando los perros lograron engullirlo, se convirtió en sus estómagos en delgadas tiras que no nutrían nada, y en una masa de pelos irritantes e indigestos.

Y a través de todas esas vicisitudes, Buck seguía marchando a tropezones a la cabeza del equipo, como si viviera una pesadilla. Tiraba cuando podía; cuando le fallaban as fuerzas, se desplomaba al suelo y allí se quedaba hasta que los golpes del látigo o del garrote le hacían poner de nuevo en pie. Todo el brillo y suavidad habían desaparecido de su hermoso pelaje. El pelo caía lacio o hecho una mancha pegajosa de sangre en los sitios donde el garrote de Hal le había golpeado. Sus músculos estaban convertidos en tiras nudosas, y la carne había desaparecido, de manera que cada costilla y hueso de su esqueleto se delineaba claramente a través de la flácida piel. Era un espectáculo desconsolador, sólo que Buck no se desconsolaba por nada. El hombre de la tricota roja había comprobado eso.

Como ocurría con Buck, sucedía con sus compañeros. Eran ellos esqueletos andantes. Había siete perros en total. En su terrible agonía se habían tornado insensibles al mordisco del látigo o a los golpes del garrote. El dolor del castigo era nebuloso y distante, tal como las cosas que veían sus ojos y oían sus oídos eran nebulosas y distantes. No vivían; eran simplemente bolsas de huesos en las que la chispa vital titilaba débilmente. Cuando se hacía un alto, se dejaban caer en el camino como muertos, y la chispa se achicaba y palidecía, pareciendo a punto de apagarse por completo. Y cuando el garrote o el látigo caían sobre ellos, la chispa se avivaba débilmente, y se ponían de pie y seguían arrastrándose.

Llegó el día en que Billee, el complaciente, cayó y no pudo levantarse. Hal había cambiado su revólver por el cuero del caballo, de manera que tomó el hacha y le partió la cabeza al pobre perro en el mismo sitio donde cayera: luego cortó los arneses y arrojó el cadáver a un lado. Buck y sus compañeros vieron todo, y se dieron cuenta que ése era el destino que les esperaba. El día siguiente le tocó el turno a Koona, y no quedaron más que cinco perros; Joe, demasiado débil para seguir siendo maligno; Pike, cojo, consciente sólo a medias; Sol-leks, el de un solo ojo, aún fiel a la tradición del sendero, y acongojado por tener tan poca fuerza con la que tirar las riendas; Teek, que no había viajado tanto ese invierno, y al que castigaban más que a los otros porque era el más fresco, y Buck, aún a la cabeza del equipo, pero sin ocuparse ya de la disciplina, cegado por la debilidad y manteniéndose a tientas en el sendero.

El clima era delicioso; pero ni los perros ni los humanos lo notaban. Cada día se levantaba el sol más temprano y se ponía más tarde. Llegaba el alba a las tres de la mañana, y el crepúsculo duraba hasta las nueve de la noche. Todo el largo día brillaban los gloriosos rayos del sol. El espectral silencio del invierno había dejado sitio a los murmullos primaverales de la vida que despierta. Esos murmullos primaverales de la vida que despierta. Esos murmullos se elevaban de la tierra, colmados del gozo de vivir. Procedían de las cosas que vivían y se movían de nuevo, cosas que habían estado como muertas y que no se movieron durante los largos meses de las heladas. La savia se elevaba por el interior de los pinos. Los sauces y los tiemblos mostraban sus jóvenes capullos. Los arbustos y enredaderas se ataviaban con nuevos mantos de verdura. Los grillos cantaban durante la noche, y durante el día, toda clase de criaturas se movían para tomar el sol. Las perdices y los picamaderos se adueñaron de los bosques. Las ardillas charlaban desde sus refugios

arbóreos, los pájaros cantaban, y en lo alto gritaban los patos silvestres que llegaban desde el sur en enormes bandadas.

Desde todas las laderas se oía el murmullo del agua, la música de manantiales invisibles. Todo se deshelaba; volvía la vida. El Yukón se esforzaba por sacudirse la capa de hielo que lo aprisionaba. Luchaba desde abajo, y el sol calentaba desde arriba. Se formaban agujeros en la superficie helada; comenzaban a abrirse fisuras y a separarse; mientras que delgadas secciones de hielo desaparecían en las profundidades del río.

Y entre todo ese despertar de la vida, bajo los rayos ardientes del sol y las brisas acariciadoras, como viajeros que se dirigieran hacia la mansión de la muerte, se arrastraban los dos hombres, la mujer y los perros.

Con los perros que caían a cada rato, Mercedes que lloraba y viajaba sobre el trineo, Hal que maldecía sin cesar, y Charles que se dejaba dominar por la desesperación, llegaron tambaleándose al campamento de John Thornton, enclavado en la desembocadura del Río Blanco.

Cuando se detuvieron, los perros se desplomaron como si los hubiera matado un rayo. Mercedes se enjugó los ojos y miró a John Thornton. Charles tomó asiento sobre un tronco para descansar. Se sentó muy lentamente y con gran rigidez. Hal fue el que habló. John Thornton estaba finalizando el mango de un hacha que había hecho con una rama de abedul. Trabajaba y escuchaba, daba respuestas monosilábicas, y, cuando se le pedían, ofrecía sus consejos. Conocía a esa clase de gente, y estaba seguro de que no harían caso de sus advertencias.

- Nos dijeron allá arriba que el sendero se estaba desmoronando, y que sería mejor que esperáramos – dijo Hal en respuesta a la advertencia de Thornton con respecto a que no se arriesgaran más en el hielo -. Nos dijeron que no podríamos llegar al Río Blanco, y aquí estamos.

Estas últimas palabras las pronunció con tono de burla triunfante.

- Y le dijeron la verdad – repuso Thornton -. En cualquier momento se desmoronará el sendero. Sólo los idiotas, con la suerte ciega de su casta, pudieron haber llegado. Le aseguro que no arriesgaría el pellejo en ese hielo ni por todo el oro de Alaska.
- Supongo que me dirá eso porque no es un idiota – dijo Hal -. De todas maneras seguiremos viaje hacia Dawson.

Desenrolló su látigo.

- ¡Arriba, Buck! ¡Ea! ¡Arriba! ¡Mush!

Thornton siguió puliendo el mango del hacha. Sabía que era inútil interponerse entre un idiota y su locura; mientras que dos o tres idiotas más o menos no se echarían de menos en el mundo.

Pero el equipo no se levantó al oír la orden. Hacía mucho que estaban en una condición en la que era necesario azuzarlos a golpes. El látigo castigó cruelmente a uno y a otro. John Thornton apretó los dientes. Sol-leks fue el primero; Teek le siguió; luego se levantó Joe, aullando dolorido. Pike trató de hacerlo. Dos veces cayó, cuando estaba casi en pie, y en la tercera tentativa consiguió levantarse. Buck no trató siquiera de ponerse de pie. Se quedó inmóvil donde había caído. El látigo lo castigó repetidas veces, pero el no se quejó ni intentó levantarse. Varias veces se movió Thornton , como si quisiera decir algo, pero cambió de idea. Se le humedecieron los ojos, y, mientras continuaba el castigo del perro, se puso de pie y se paseó de un lado a otro con actitud nerviosa.

Esa era la primera vez que no respondía Buck a las órdenes, razón suficiente para hacer perder los estribos a Hal. Cambió el látigo por el acostumbrado garrote. Buck rehusó moverse bajo la pesada lluvia de golpes que le cayó encima. Como sus compañeros, apenas si podía levantarse, pero, a diferencia de ellos, había decidido no hacerlo. Tenía el presentimiento vago del fin inminente. Lo dominaba su presentimiento desde que se acercó a la orilla, y no le abandonaba aún. Debido al hielo delgado y carcomido que pisara durante todo el día, le parecía que se avecinaba el desastre allí en el río, hacia donde su amo quería impelerlo. Se negó a moverse. Tanto había sufrido, y se hallaba en una condición tan lastimosa, que los golpes no le dolieron mucho. Y mientras continuaban cayendo sobre él, la chispa de vida fue perdiendo fuerza. Estaba casi apagada. Se sentía extrañamente insensible. Se daba cuenta de que le castigaban, pero era una sensación lejana y casi inexistente. El dolor lo abandonó. Ya no sentía nada; aunque, muy débilmente, podía oír el impacto del garrote sobre su cuerpo. Más no era ya su cuerpo, sino algo remoto y separado de él.

Y entonces, súbitamente, sin ninguna advertencia, lanzando un grito inarticulado y muy parecido al rugido de un animal furioso. John Thornton saltó sobre el hombre que empuñaba el garrote. Hal fue lanzado hacia atrás, como si le hubiera golpeado un árbol al caer. Mercedes profirió un grito. Charles levantó la vista, se enjugó los ojos, pero no hizo esfuerzo alguno por ponerse de pie.

John Thornton se hallaba de pie cerca de Buck, luchando por dominarse, demasiado furioso para poder hablar.

- Si golpea otra vez ese perro, lo mato – consiguió decir al fin con vos ahogada.
- Es mío – replicó Hal, limpiándose la sangre de la boca y acercándose -. Fuera de mi paso, o lo arreglaré a usted también. Me voy a Dawson.

Thornton permaneció entre él y Buck, no demostrando intención de apartarse. Hal desenvainó su largo cuchillo de caza. Mercedes se dejó dominar por la histeria, gritando y llorando al mismo tiempo. Thornton golpeó los nudillos de Hal con el mango del hacha, haciéndole soltar el cuchillo. Lo golpeó de nuevo cuando el otro trató de recogerlo. Luego se inclinó, tomó el cuchillo, y con un rápido movimiento cortó las bridas de Buck.

Hal no tenía más deseos de luchar. Además tenía las manos llenas con su hermana, o mejor dicho los brazos; mientras que Buck estaba demasiado cerca de la muerte para poder seguir siendo de utilidad. Unos minutos más después se alejaron de la orilla por sobre la superficie

helada. Buck los oyó alejarse y levantó la cabeza para verlos. Pike iba en la delantera. Sol-leks cerca del trineo y entre ellos se hallaban Joe y Teek. Cojeaban y se tambaleaban. Mercedes viajaba sobre el cargado trineo. Hal guiaba la lanza, y Charles los seguía a tropezones.

Mientras Buck los observaba, Thornton se arrodilló a su lado y lo palpó para buscar algún hueso fracturado. Para el momento en que la búsqueda demostró que el perro no tenía más que muchos magullones y un hambre terrible, el trineo se hallaba un cuarto de milla de distancia. El hombre y el perro lo observaron arrastrarse por sobre y hielo. De pronto, vieron que su parte trasera se elevaba como si hubiera encontrado un obstáculo, y la lanza, con Hal aferrada a ella, daba un salto en el aire. El grito de Mercedes llegó hasta sus oídos. Vieron a Charles girar sobre sus talones y dar un paso para regresar, y luego toda esa sección de hielo se hundió en el agua, y los perros y los humanos desaparecieron de este mundo. Un enorme boquete fue todo lo que quedó. El sendero se había desmoronado.

John Thornton y Buck se miraron.

“Pobre diablo” – dijo John Thornton, y Buck le lamió la mano.

Capítulo 6

POR AMOR A UN HOMBRE

El mes de diciembre anterior, cuando se congelaron los pies a John Thornton, sus socios le dejaron todo lo necesario para su comodidad y se alejaron, dirigiéndose a Dawson en una balsa de troncos. Thornton todavía cojeaba ligeramente en la época en que rescató a Buck, pero con el constante calor se restableció hasta de esa cojera. Y allí, sentado a orillas del río, durante los largos días de primavera, observando el agua murmurante, escuchando el canto de los pájaros y la voz de la naturaleza, Buck recobró lentamente su salud.

Un descanso viene muy bien después que uno ha viajado tres mil millas, y debe confesarse que Buck se hizo algo perezoso mientras se curaban sus heridas y recobraba las carnes perdidas. Aunque hay que decir también que todos holgazaneaban en ese campamento: Buck, John Thornton, y Skeet y Nig, esperando la balsa que los llevaría a todos a Dawson.

Skeet era una pequeña perdiguera irlandesa, que se hizo muy pronto amiga de Buck, el que, estando moribundo, no pudo rechazar sus primeros avances amistosos. La perrilla tenía una cualidad que poseen muchas perras, y como suelen hacerlo las gatas, lavaba y limpiaba las heridas de Buck con la lengua. Regularmente, todas las mañanas, realizaba ella su tarea, hasta que Buck llegó a anhelar tanto sus atenciones como las de Thornton. Nig, igualmente amistoso, aunque menos demostrativo, era un enorme sabueso negro, con ojos sonrientes y alegre temperamento.

Para gran sorpresa de Buck, estos perros no demostraron sentir celos de él. Parecían compartir la bondad de Thornton. A medida que Buck se iba fortaleciendo, lo hacían participar en toda clase de ridículos juegos, en los cuáles el mismo Thornton tomaba parte, y de esta forma Buck pasó su convalecencia jugando y comenzó una nueva vida. Por

primera vez conoció el significado del verdadero amor. Nunca había experimentado tal cosa en la casa del juez Miller en el soleado Valle de Santa Clara. Con los hijos del juez, el cazar y corretear por el campo había sido una especie de sociedad de trabajo; con los nietos del anciano caballero, fue una especie de guardia; y con el juez mismo, una amistad majestuosa y digna. Pero fue necesaria la presencia de John Thornton para despertar en él un amor ferviente que se parecía más a una locura y a una adoración.

Este hombre le había salvado la vida, lo que se tomaba en cuenta; pero, además, era el amo ideal. Otros hombres se preocupaban del bienestar de sus perros porque lo consideraban un deber y una ventaja; él se ocupaba del bienestar de los suyos como si fueran sus propios hijos, porque no podía evitarlo.Y hacía aún más. Nunca olvidaba un bondadoso saludo o una palabra de aliento, y solía sentarse para conversar largamente con ellos, lo que era tan agradable para él como para los perros. Tenía la costumbre de tomar la cabeza de Buck entre sus rudas manos y, apoyando la suya sobre la del perro, la sacudía de un lado a otro, mientras le maldecía cariñosamente con palabras que para Buck eran expresiones de amor. Buck no conocía gozo mayor que ese rudo abrazo y el sonido de los juramentos murmurados, y con cada sacudón le parecía que su corazón saltaría del cuerpo por la enormidad de su éxtasis cariñoso. Y cuando su amo le soltaba, se paraba de un salto, riendo a su manera, los ojos elocuentes, y la garganta vibrante con sonidos no emitidos, y de esta forma permanecía un rato inmóvil. En esos momentos, John Thornton exclamaba:

- ¡Dios! ¡No te falta más que hablar!

Buck tenía una forma de expresar su cariño, que resultaba casi dolorosa. A menudo solía tomar la mano de Thornton en su boca y cerrar las mandíbulas tan fieramente que la carne de su amo llevaba durante cierto tiempo las marcas de sus dientes. Y, tal como Buck comprendía que las maldiciones eran palabras de cariño, el hombre consideraba ese mordisco como una caricia.

En su mayor parte, sin embargo, el cariño de Buck se expresaba en adoración. Aunque se volvía medio loco de felicidad cuando Thornton lo tocaba o le hablaba, no buscaba él esas manifestaciones. A diferencia de Skeet, que metía el hocico en la mano de Thornton y buscaba sus caricias, o Nig, que descansaba su enorme cabeza sobre las rodillas de su amo, Buck se contentaba con adorarlo desde cierta distancia. Permanecía echado hora tras hora, ansioso y alerta, a los pies de Thornton, mirando su cara, estudiándola, siguiendo con enorme interés cada una de sus expresiones, cada movimiento o cambio de humor. O, como ocurría a veces, se echaba a cierta distancia, hacia un costado o atrás de su amo, observando el contorno del hombre y los movimientos ocasionales de su cuerpo. Y a menudo, tal era la comprensión que había entre los dos, que la intensidad con que le observaba Buck obligaba a John Thornton a volver la cabeza, y le devolvía la mirada en silencio, con el alma en los ojos, tal como el corazón de Buck brillaba en los suyos.

Durante mucho tiempo después de su rescate, a Buck no le gustaba que Thornton se alejara de su vista. Desde el momento en que el hombre salía de su tienda hasta cuando volvía a entrar, Buck le seguía pegado a sus talones. Sus amos transitorios desde que llegara al norte habían hecho nacer en él la idea de que ningún amo podía ser permanente. Temía que Thornton se alejara de su vida, como lo habían hecho Perrault y François y el mestizo

escocés. Aun durante la noche, en sus sueños, le dominaba ese temor. En esos momentos despertaba y se arrastraba hacia la tienda, frente a la cual se detenía para escuchar la respiración de su amo.

Más, a pesar del gran amor que sentía por John Thornton, el cual proclamaba la suave influencia de la civilización, el instinto primitivo, que la tierra norteña despertara en él, permanecía vivo y activo. Seguía siendo fiel y devoto a su amo; empero retenía su salvajismo y voluntad propia. Era un producto de la selva, que vino desde la selva para sentarse frente al fuego de John Thornton, más bien que un perro de la cálida tierra del sur dominado por generaciones de civilización. Debido a su gran amor, no podía robarle a ese hombre; pero a otro hombre de cualquier otro campamento, no vacilaría un instante; mientras que la astucia con que era capaz de hacerlo le salvaría de ser descubierto.

Su cara y su cuerpo estaban marcados por los dientes de muchos perros, y luchaba tan fieramente como siempre y con mayor astucia. Sket y Nig eran demasiados complacientes para reñir… además, pertenecían a John Thornton; pero el perro extraño, fuera cual fuese su raza o su valor, rápidamente reconocía la supremacía de Buck o se encontraba luchando por su vida con un antagonista terrible. Y Buck era despiadado. Había aprendido bien la ley del garrote y el colmillo, y nunca desaprovechaba una ventaja ni se alejaba de un enemigo al que estuviera matando. Aprendió de Spitz, y de los principales perros luchadores de la policía y del correo, y se daba cuenta de que no se podía ser transigente. Debía dominar o ser dominado; mientras que el demostrar piedad era una debilidad. La clemencia no existía en la vida primitiva. Se confundía con el temor, y tales errores llevaban a la muerte. Matar o ser muerto, comer o ser comido, ésa era la ley; y Buck obedecía ese mandato transmitido desde tiempos inmemoriales.

Era más viejo que sus años. Vinculaba el pasado al presente, y la eternidad latía en él en un ritmo poderoso que dominaba todas sus acciones. Solía sentarse al lado del fuego de John Thornton, un perro de ancho pecho, colmillos blancos y largo pelaje; pero detrás de él estaban las sombras de toda clase de perros, medio lobos y lobos salvajes, dominadores y poderosos, que probaban el sabor de la carne que él comía, sedientos del agua que él bebía, aspirando el aire con él, escuchando con él los sonidos de la vida salvaje de la selva, durmiendo con él cuando él se acostaba, y soñando con él y formando parte de sus sueños.

Esas sombras lo llamaban en forma tan perentoria que cada día la humanidad, y los lazos que con ella lo unían, se alejaban más y más. En lo profundo de la selva sonaba una llamada, y al oírla, estremecedora y atrayente, se sentía obligado a dar la espalda al fuego y a la tierra hollada que le rodeaba, y a hundirse en la floresta, siempre adelante, sin saber hacia dónde ni porqué; ni se lo preguntaba tampoco, mientras sonaba la imperiosa llamada en lo profundo de la selva. Pero en cuanto llegaba a la tierra virgen y la selva umbría, el amor de Thornton lo atraía de nuevo hacia el fuego.

Sólo Thornton lo ataba. El resto de la humanidad no tenía importancia para él. Los viajeros que pasaban podían alabarlo o acariciarlo; pero él se mostraba frío para con todos y cuando se encontraba con un hombre demasiado demostrativo, se levantaba para alejarse.

Cuando llegaron los socios de Thornton, Hans y Pete, Buck se negó a prestarles atención, hasta que supo que eran amigos de su amo; luego los toleró en forma pasiva, aceptando sus favores como si fuera él quien los confiriera. Eran los dos del mismo tipo rudo y corpulento de Thornton, que vivían cerca de la tierra, de mente sencilla y vista aguda; y antes de amarrar la balsa al desembarcadero de Dawson, ya comprendían perfectamente a Buck y sus costumbres, y no insistieron en obtener una intimidad como la que les brindaban Skeet y Nig.

Para Thornton, sin embargo, su amor parecía aumentar cada vez más. Sólo él entre todos los hombres podía poner una carga sobre el lomo de Buck durante los viajes de verano. Nada era demasiado para Buck, cuando su amo lo ordenaba.

Habían emprendido un nuevo viaje en busca de oro en las aguas de Tanana, y un día los hombres y los perros estaban sentados en la cresta de un barranco cortado a pico, cuyo fondo se hallaba unos noventa metros de profundidad. John Thornton estaba sentado cerca del borde y Buck a su lado. A Thornton se le ocurrió una idea, y llamó la atención a Hans y a Pete respecto al experimento que pensaba realizar.

- ¡Salta, Buck! – ordenó, señalando el fondo del barranco con la mano.

Un segundo después estaba luchando con Buck y el mismo borde del profundo abismo, mientras Hans y Pete les arrastraban a un lugar seguro.

- Es sobrenatural – comentó Pete, después que recobraron el aliento.

Thornton sacudió la cabeza.

- No; es espléndido, y terrible también. Te aseguro que a veces me asusta.
- No me gustaría estar en el pellejo del que te quiera atacar cuando él esté cerca – declaró Pete, señalando a Buck.
- ¡Por Cristo! – intervino Hans -. A mi tampoco.

Fue en Circle City, antes de que terminara el año, donde se cumplieron los temores de Pete. Black Burton, un individuo de malos instintos, buscaba camorra a un bisoño que estaba frente al mostrador de la taberna, y Thornton se colocó entre ellos para evitar la pelea. Buck, como era su costumbre, estaba echado en un rincón, con la cabeza sobre las patas y observando todos los movimientos de su amo. Sin advertencia alguna, Burton asestó un terrible golpe a la cara de Thornton. Éste retrocedió tambaleándose, y logró evitar la caída al aferrarse a la baranda del mostrador.

Los que estaban mirando la escena oyeron algo que no era ladrido ni aullido, sino un rugido terrible, y vieron que el cuerpo de Buck describía un círculo que terminó en la garganta de Burton. El hombre logró salvar la vida levantando el brazo, pero fue derribado al suelo con Buck encima de él. Buck soltó la carne del brazo y atacó de nuevo a la garganta. Esta vez el individuo no pudo defenderse bien, y una dentellada le abrió la garganta. Luego la multitud se lanzó sobre Buck y lograron apartarlo; pero mientras un médico contenía la hemorragia, estuvo paseándose de un lado al otro, gruñendo ferozmente, e intentando atacar de nuevo,

lo que fue evitado por varios hombres armados de garrotes. Se realizó en seguida una reunión de mineros, la que decidió que el perro había tenido suficiente provocación, y Buck fue declarado inocente. Pero ya había ganado una reputación, y desde ese día su nombre fue conocido en todos los campamentos de Alaska.

Más tarde, durante el otoño, salvó la vida de John Thornton de una manera muy distinta. Los tres socios llevaban un largo bote costeando los rápidos del arroyo Forty Mile. Hans y Pete caminaban por la orilla, sosteniendo la embarcación con una cuerda, mientras que Thornton permanecía a bordo, ayudando el descenso por medio de una pértiga, y dando instrucciones a sus socios. Buck, en la orilla, preocupado y ansioso, se mantenía en línea con el bote sin apartar los ojos de su amo.

En un sitio muy peligroso, donde emergían las rocas del agua, Hans corrió por la orilla con la cuerda, mientras Thornton alejaba un poco el bote con la pértiga. Hans volvería a acercarlo una vez pasado el sitio de donde emergían las rocas. Pasó la embarcación, y corría llevada por la corriente a velocidad extraordinaria, cuando Hans la detuvo demasiado súbitamente con un tirón de la cuerda. El bote se balanceó y se volcó finalmente sobre la orilla, mientras que Thornton, llevado por el impulso, cayó al agua y fue arrastrado por la corriente hacia el sitio más peligroso de los rápidos, en los que era imposible nadar.

Buck se arrojó al agua al instante y alcanzó a su amo unas trescientas yardas mas abajo. Cuando sintió que Thornton se aferraba a su cola, Buck se dirigió hacia la costa, nadando con todas sus fuerzas. Pero el progreso que lograba era muy lento, y el de la corriente extraordinariamente rápido. Desde abajo les llegaba el rugir de las aguas en el sitio donde se ensanchaba el arroyo y pasaba por entre millares de afiladas rocas. La fuerza de la corriente era impresionante, y Thornton se dio cuenta de que sería imposible llegar a la costa. Pasó al lado de una roca, se golpeó en otra, y logró aferrarse a la tercera con ambas manos, soltando a Buck, y por sobre el rugir de la corriente le gritó:

- ¡Vete, Buck! ¡Vete!

Buck apenas podía mantenerse a flote, y siguió nadando hacia la orilla, incapaz de regresar al lado de su amo. Cuando oyó que Thornton repetía la orden levantó la cabeza para mirarlo, y luego nadó hacia la costa. Allí le sacaron a tierra Pete y Hans en el momento mismo en que le era imposible seguir manteniéndose a flote.

Los socios sabían que era cuestión de minutos sostenerse aferrado a una roca resbaladiza, y corrieron velozmente por la orilla hasta un punto más adelante de donde Thornton se hallaba. Aseguraron la cuerda al cuello de Buck en una forma en que no hubiera peligro de ahorcarle ni de impedir sus movimientos, y le arrojaron a la corriente. El perro se lanzó hacia delante, pero no lo suficientemente bien como para llegar hasta su amo. Descubrió su error demasiado tarde, cuando estaba apenas a dos cuerpos de distancia de Thornton y el agua le arrastró demasiado lejos para poder llegar hasta él.

Hans tiró de la soga como si Buck fuera un bote. El impulso le hizo hundirse, y permaneció bajo la superficie hasta que llegó hasta la costa y lo sacaron del agua. Estaba medio ahogado, y Hans y Pete se le echaron encima para hacerle respirar de nuevo. Se paró y

volvió a caer de nuevo. En ese momento les llegó el débil sonido de la voz de Thornton, y aunque no pudieron distinguir las palabras, se dieron cuenta de que ya no soportaba más. La voz de su amo produjo en Buck el efecto de una descarga eléctrica. Se puso de pie de un salto y corrió por la orilla hasta el punto donde se lanzara ya una vez al agua.

De nuevo le aseguraron la cuerda y se tiró a la corriente, pero esta vez lo hizo en la forma correcta. Una vez cometió un error y no volvería a repetirlo. Hans fue soltando la cuerda, sin permitir que ésta se aflojara, mientras que Pete la iba desenrollando. Buck nadó hasta halarse directamente frente a Thornton; luego giró sobre sí mismo, y con la velocidad de un tren expreso se dirigió hacia él. Thornton le vio acercarse, y cuando Buck lo golpeó como si fuera un ariete, llevado por toda la fuerza de la corriente, se aferró con ambas manos al peludo cuello. Hans aseguró la cuerda a un árbol, y Buck y Thornton fueron arrastrados hacia la orilla. Medio ahogados y golpeados por las rocas lograron salvarse.

Thornton recobró el conocimiento mientras Hans y Pete le estaba practicando los primeros auxilios. Su primera mirada fue para Buck, cuyo cuerpo inerte y aparentemente sin vida, yacía a poca distancia. Thornton estaba lleno de magullones y heridas, y, después de haberle hecho recobrar la respiración a su perro, lo examinó cuidadosamente, hallando tres costillas fracturadas.

- Esto me decide – anunció. Acamparemos aquí mismo.

Y así lo hicieron hasta que las costillas de Buck se curaron y pudo volver a viajar.

Ese invierno en Dawson; Buck llevó a cabo otra hazaña, no tan heroica quizá, pero que sirvió para dar mayor fama a su nombre. Esa mañana fue especialmente provechosa para los tres socios, pues les hacía falta el equipo que pudieran adquirir por esa causa, y lograron realizar el ansiado viaje al oeste, donde los mineros no habían ido todavía.

La proeza fue motivada por una conversación sostenida en la Taberna Eldorado, en la que los parroquianos solían fanfarronear respecto a sus perros favoritos. Buck, debido a su fama, era el blanco para esos hombres, y Thornton se vio obligado a defenderlo. Al fin de media hora de discusiones, un hombre afirmó que su perro podía hacer partir un trineo cargado con quinientas libras y seguir marchando con él a rastras; otro declaró que su perro podía llevar seiscientas libras, y un tercero dijo que su perro sería capaz de arrastrar setecientas libras.

- ¡Bah! ¡Bah! – exclamó John Thornton -. Buck puede arrastrar mil libras.
- ¿Y despegarlas del hielo? ¿Y marchar con ellas cien yardas? – demandó Matthewson, el de las seiscientas libras.
- Despegarlas y arrastrarlas cien yardas – afirmó John Thornton con toda frescura.
- Bien – repuso Matthewson, lenta y deliberadamente, para que todos le oyeran bien - Tengo mil dólares que dicen lo contrario. Y aquí están.

Así diciendo, colocó sobre el mostrador un saquito lleno de polvo de oro.

Nadie pronunció una palabra. La fanfarronada de Thornton, si es que lo era, había sido rebatida. Sintió que el sonrojo le cubría el rostro. Su lengua le había jugado una mala pasada. No sabía si Buck era capaz de arrastrar mil libras. ¡Media tonelada! La enormidad de su baladronada le asustaba. Tenía mucha confianza en la fortaleza de su perro, y a menudo lo consideró capaz de mover una carga así; pero nunca se había visto frente a la posibilidad de obligarle a hacer tal cosa. Los ojos de todos estaban fijos en él, esperando su decisión. Además, ni él ni sus socios tenían mil dólares.

- Afuera tengo un trineo cargado con veinte sacos de cincuenta libras de harina cada uno – prosiguió Matthewson -, de modo que no se preocupe por ese detalle.

Thornton no replicó. No sabía que decir. Miró a todos con la expresión distraída del que ha perdido la capacidad de pensar y busca la forma de recuperarla. Detuvo la vista en el rostro de Jim O´Brien, un viejo amigo. Eso fue lo que le decidió a hacer algo que nunca hubiera soñado.

- ¿Puedes prestarme mil dólares? - le preguntó casi en un susurro.

- Seguro – repuso O´Brien, colocando un saquito lleno al lado de Matthewson -. Aunque poca fe tengo en que tu perro pueda realizar esa hazaña, John.

Los ocupantes de Eldorado salieron a la calle para presenciar la prueba. Las mesas quedaron desiertas, y los jugadores salieron para ver el resultado de la apuesta y para apostar a su vez. Varios centenares de hombres, cubiertos de pieles, formaron un círculo alrededor del trineo. El vehículo, cargado con mil libras de harina, había estado allí fuera desde hacía un par de horas, y con el frío intenso (hacía más de cuarenta grados bajo cero) los patines se habían adherido fuertemente a la nieve. Algunos ofrecían apuestas de doble contra sencillo a que Buck no podría mover el trineo. Una discusión surgió respecto a la palabra "despegarla". O´Brien afirmaba que era privilegio de Thornton el aflojar los patines, dejando que Buck "despegara" el trineo de su inmovilidad. Matthewson insistió que la frase incluía despegar los patines del sitio donde se hallaban adheridos a la nieve. La mayoría de los que presenciaron la apuesta decidieron en su favor, por cuyo motivo las apuestas comenzaron a ser de tres contra uno a que Buck no podría mover el trineo.

No hubo ninguno que se animara a tomar esa apuesta. Ninguno de los mirones creía que Buck sería capaz de realizar la proeza. Thornton se vio obligado a aceptar el desafío, a pesar de sus dudas; y ahora que veía el trineo con el equipo regular de diez perros echados en la nieve frente al vehículo, más imposible le parecía la tarea. Matthewson estaba rebosante de gozo.

- ¡Tres contra uno! – gritaba -. Le apuesto mil dólares más en esa forma, Thornton. ¿Qué dice usted?

La duda de Thornton se reflejaba en su rostro, pero su espíritu de lucha se había despertado…, ese espíritu de lucha que se eleva por sobre las dificultades, no reconoce lo imposible, y desoye todos los clamores menos el de la batalla. Llamó a Hans y a Pete. Uniendo todo el metálico que poseían lograron reunir sólo doscientos dólares. Esa suma era

todo su capital; sin embargo, la apostó sin vacilar contra los seiscientos dólares de Matthewson.

Se retiró el equipo de diez perros, y se colocó a Buck, con su propio arnés, frente al trineo. El se había contagiado de la excitación general y presentía que en alguna forma debía hacer algo grande por John Thornton. Al instante se elevaron murmullos de admiración por su espléndida apariencia. Estaba en perfectas condiciones, sin un solo gramo de carne superflua, y las ciento cincuenta libras que pesaba estaban compuestas de hueso y músculos. Su hermoso pelaje relucía como si fuera de seda. Sobre el cuello y hombros, su melena parecía erguirse con cada movimiento, como si el exceso de vigor diera vida a cada uno de sus pelos. El amplio pecho y las pesadas patas delanteras estaban en perfecta proporción con el resto de su cuerpo, en el que los músculos se ponían de relieve debajo de la piel. Los curiosos palparon esos músculos y los hallaron duros como el hierro, y las apuestas bajaron a doble contra sencillo.

- ¡Vaya, amigo! – exclamó un minero de Skookum Benches -. Le ofrezco ochocientos dólares por él, amigo, antes de la prueba, amigo, ochocientos dólares tal como está.

Thornton sacudió la cabeza y se acercó a Buck.

- Debe usted mantenerse a distancia – protestó Matthewon -. Juego limpio y espacio suficiente.

La multitud guardó silencio; sólo se oían las voces de los jugadores que ofrecían en vano apuestas de doble contra sencillo. Todo el mundo admitía que Buck era un animal espléndido; pero los veinte sacos de harina parecían demasiada carga para que aflojaran los cordones de sus bolsas.

Thornton se arrodilló al lado de Buck; le tomó la cabeza entre las manos y la aproximó a su mejilla. No la sacudió en forma juguetona como era su costumbre, ni murmuró suaves maldiciones cariñosas en su oreja.

- ¡Si me quieres, Buck! ¡Si me quieres! – fue lo que susurró.

Buck gimió con ansiedad contenida.

La multitud observaba la escena con curiosidad. El asunto se tornaba misterioso. Parecía una conjuración. Cuando Thornton se incorporó, Buck tomó su mano enguantada entre sus dientes, oprimiéndola y soltándola lentamente, como si lo hiciera a desgano. Era su respuesta, expresada, no con palabras, sino con su cariño. Thornton se alejó entonces de él.

- Ahora, Buck – dijo.

Buck tiró un poco de las riendas, luego las aflojó unos centímetros. Así lo había aprendido.

- ¡Arre! – resonó la voz de Thornton, aguda en el tremendo silencio.

Buck se echó hacia la derecha, terminando el movimiento en un sacudón que estiró las riendas y que detuvo de súbito el impulso de sus ciento cincuenta libras. La carga se estremeció, y desde los patines se elevó un sonoro crujido.

- ¡A la izquierda! – le ordenó Thornton.

Buck repitió a maniobra, esta vez hacia la izquierda. El crujido se convirtió en un sonoro chasquido, mientras el trineo giraba y los patines se corrían varios centímetros hacia un costado. El trineo estaba despegado. Los mirones contenían la respiración, sin darse cuenta de que lo hacían.

- Ahora, ¡MUSH!

La orden de Thornton resonó como un disparo de pistola. Buck se arrojó hacia delante, estirando las riendas con un sacudón terrible. Todo su cuerpo se puso rígido con el tremendo esfuerzo, mientras sus músculos se anudaban debajo de su suave piel. Su enorme pecho se encontraba bien cerca del suelo; la cabeza hacia delante; mientras que sus patas se movían aceleradamente, marcando dos huellas gemelas en la dura nieve. El trineo se balanceó y tembló, a punto de avanzar. Una de sus patas resbaló, y uno de los espectadores lanzó un gemido. Luego el trineo avanzó en lo que parecía ser una rápida sucesión de sacudones, aunque realmente no volvió a detenerse del todo…, un centímetro…, dos centímetros…, tres centímetros… Los sacudones disminuyeron perceptiblemente, y mientras el trineo ganaba impulso, cesaron por completo, hasta que fue avanzando suavemente.

Los espectadores abrieron la boca y comenzaron de nuevo a respirar, sin darse cuenta de que por un momento habían contenido el aliento. Thornton corría detrás del trineo, animando a Buck con palabras cariñosas. La distancia se había medido de antemano, y al irse acercando a la pila de maderos que marcaban el fin de las cien yardas, las vivas comenzaron a llenar el aire, y se convirtieron en un rugido ensordecedor al pasar Buck el límite marcado y detenerse a una orden de Thornton. Todos se dejaban llevar por el entusiasmo, aun Matthewson. Los sombreros y mitones volaban por el aire. Los espectadores se estrechaban las manos, no importaba con quien, y charlaban sin cesar sobre la proeza realizada por Buck.

Pero Thornton se dejó caer de rodillas al lado de Buck. Acercó su cabeza a la del perro y la sacudió de un lado a otro. Los que se acercaban le oyeron maldecir a Buck,
y lo maldijo larga y fervientemente, y en forma suave y cariñosa.

- ¡Vaya, amigo! ¡Vaya! – exclamó el minero de Skookum Benches -. Le daré mil dólares por él, amigo, mil dólares, amigo…, mil doscientos, amigo.

Thornton se puso de pie. Tenía los ojos húmedos por las lágrimas.

- Amigo - le dijo al otro -. No, amigo. Puede irse al infierno, amigo. Eso es lo mejor que puedo hacer por usted, amigo.

Buck asió la mano de Thornton entre sus dientes. Thornton lo sacudió de un lado a otro. Como animados por un común impulso, los mirones se alejaron a distancia respetable; no fueron tan indiscretos como para interrumpirles nuevamente.

Capítulo 7

LA LLAMADA IRRESISTIBLE

Cuando Buck ganó mil seiscientos dólares en cinco minutos para John Thornton, puso a su amo en condiciones de pagar ciertas deudas y de viajar hacia el este con sus socios en busca de una fabulosa mina perdida, cuya historia era tan antigua como la del lugar. Muchos hombres la había buscado; pocos la encontraron y más de unos pocos no habían regresado nunca de la búsqueda. Esa mina perdida estaba pletórica de tragedia y envuelta en el misterio. Nadie conocía al primer hombre que habló de ella. La tradición más antigua se perdía antes de llegar a él. Desde los comienzos había existido una vieja y arruinada cabaña. Hombres moribundos juraron que así era, y que la mina existía en realidad, para probar lo cuál mostraban pepitas de oro de un tamaño desconocido hasta entonces en el norte.

Mas ningún hombre viviente, había saqueado esa casa del tesoro, y los muertos descansaban en la tierra; por lo tanto, John Thornton y Pete y Hans, con Buck y media docena más de perros, se dirigieron hacia el este por un sendero desconocido, para lograr lo que hombres y perros tan buenos como ellos no habían podido realizar.

Fueron en trineo varias millas por el Yukón; se volvieron hacia la izquierda entrando en el río Stewart, pasaron el Mayo y el McQuesten, y siguieron marchando hasta que el Stewart se convirtió en un arroyuelo que se deslizaba por las colinas que marcaban la espina dorsal del continente.

John Thornton pedía poco del hombre o de la naturaleza. No temía a la selva. Con un puñado de sal y un rifle podía adentrarse en la selva y dirigirse adonde gustara y quedarse en cualquier sitio durante tanto tiempo como quisiera. Sin apuro ninguno, a la manera de los indios, buscaba su comida durante el transcurso del día de viaje; y si no podía hallarla, como el indio, seguía viajando, sabedor de que tarde o temprano la encontraría. De modo que en ese peligroso viaje hacia el este, la carne era el alimento único, las municiones y herramientas la carga principal del trineo, y la base de tiempo se fijaba en el futuro sin límites.

Para Buck resultaba un gozo ilimitado ese vagar por extraños lugares, cazando y pescando continuamente. Durante semanas enteras marchaban sin detenerse, y luego acampaban durante varios días, en uno u otro sitio, mientras los perros holgazaneaban y los hombres se ocupaban en abrir agujeros en el suelo y buscar oro. A veces pasaban hambre, otras comían hasta hartarse; todo dependía de la abundancia de caza y la fortuna de los cazadores.
Llegó el verano, y hombres y perros, llevando encima la impedimenta, cruzaron en balsa los azules lagos de las montañas, y remontaron ríos desconocidos en rústicos botes construidos con troncos ahuecados.

Los meses pasaban uno tras otro, y de un lado a otro vagaban ellos por la desconocida inmensidad, en la que no había seres humanos, pero en la que debía estar la cabaña perdida. Cruzaron desfiladeros durante huracanes de verano y se estremecieron a la luz del astro a medianoche sobre montañas desnudas, entre la zona boscosa y las nieves eternas; bajaron a valles veraniegos entre nubes de mosquitos y jejenes, y a la sombra de los ventisqueros recogieron fresas tan maduras y flores tan hermosas como las que crecían en el sur. Al llegar el otoño, penetraron en una región de lagos, extraña y silenciosa, en la que se veían señales de aves silvestres, pero en la que en la actualmente no había vida… Sólo el soplar de los vientos helados, las capas de hielos en los sitios sombríos, y el melancólico corre de las aguas en las playas solitarias.

Y durante otro invierno vagaron por los senderos hollados por hombres, muertos largo tiempo antes. En cierta oportunidad llegaron a un sendero abierto en la selva, un camino antiguo, y la cabaña perdida pareció hallarse más cerca. Pero el sendero terminaba en medio de la selva y siguió siendo un misterio, como el hombre que lo abrió y la razón por la que lo hizo. En otra ocasión encontraron las ruinas de una cabaña de cazadores, y entre los restos de madera podrida, John Thornton halló un largo fusil de chispa. Reconoció en él a un rifle de la Compañía Hudson Bay, la que se usaba en los primeros tiempos de la colonización del noreste, época en que esa arma valía su altura en pieles de castor. Y eso era todo; no había señales del hombre que en otra época construyó la cabaña y dejó el fusil entre las matas.

Llegó una vez más la primavera, y al finalizar sus vagabundeos hallaron, no la cabaña perdida, sino una charca poco profunda en un extenso valle, en la que encontraron el metal amarillo tan ansiado. No siguieron sus exploraciones. Cada día de trabajo ganaban miles de dólares en polvo de oro y pepitas, y trabajaban todos los días. El oro se acondicionaba en bolsas de piel de ante, a cincuenta libras por bolsa, y se apilaban éstas como si fueran los leños fuera de la cabaña de troncos. Trabajaban como gigantes, mientras los días se sucedían incansables y ellos iban amontonando su tesoro.

Los perros no tenían nada que hacer, salvo arrastrar la caza que mataba Thornton de vez en cuando, y Buck se pasaba las horas soñando frente al fuego. La visión del hombre peludo de las piernas cortas se le aparecía cada vez con mayor frecuencia, ahora que había poco que hacer; y a menudo, mirando al fuego, Buck vagaba con él en ese otro mundo que recordaba.

La característica dominante de ese otro hombre parecía ser el temor. Cuando observaba al hombre velludo dormido frente al fuego, con la cabeza entre las rodillas y las manos sobre la cabeza, Buck notaba que dormía en forma inquieta, con muchos movimientos nerviosos y aprensivos, para despertarse frecuentemente y mirar temeroso a la oscuridad, y arrojar más leña al fuego. Si caminaban por la playa, en la que el hombre velludo recogía mariscos y los iba comiendo, era con ojos que se fijaban en todas partes en busca de peligros ocultos, y con piernas listas para correr con la velocidad del viento ante cualquier eventualidad. Por entre la selva avanzaban sigilosamente, Buck pegado a los talones del hombre; y ambos estaban alertas y vigilantes, con la orejas movedizas y las aletas de la nariz temblorosas, pues el hombre tenía un oído y un olfato tan agudos como los de Buck. El hombre velludo

podía saltar a los árboles y viajar con tanta rapidez por ellos como sobre el suelo, saltando de rama en rama; a veces a seis metros de distancia entre una y otra, sin caer nunca, sin errar su asidero ni una sola vez. En realidad, parecía hallarse tan cómodo entre los árboles como sobre el suelo; y Buck recordaba noches de vigilia pasadas debajo de los árboles sobre los que descansaba el hombre velludo, fuertemente aferrado a sus ramas aun en sueños.

Y muy relacionada a sus visiones del hombre velludo estaba la llamada que sonaba en lo más profundo de la selva. Le producía una terrible inquietud y extraños deseos. Le hacía sentir una alegría vaga y dulce, y notaba salvajes anhelos de algo que no entendía. A veces se adentraba en a selva en persecución de la llamada, buscándola como si fuera algo tangible, ladrando suavemente o con tono desafiante, según lo ordenara su estado de ánimo. Solía apoyar su hocico en el musgo fresco de los leños caídos o en la tierra negra donde crecía la larga hierba, y gruñir complacido al aspirar el olor de la tierra. A veces se agazapaba durante horas, como así estuviera oculto, detrás de los árboles caídos, con los ojos muy abiertos y el oído alerta para captar todo lo que ocurría a su alrededor. Tal vez, así echado, esperaba sorprender esa llamada que no podía entender. Pero no sabía porqué hacía todas esas cosas. Se veía obligado a hacerlas, y no razonaba respecto a ellas.

Impulsos irresistibles se apoderaron de él. A veces estaba echado en el campamento, dormitando al calor del día, cuando de pronto levantaba la cabeza y erguía las orejas, escuchando atentamente, y se lanzaba a la selva para correr durante horas por los senderos umbríos. Le gustaba recorrer los lechos de los arroyos secos, y acercarse a espiar la vida de los pájaros de los bosques. Durante días enteros solía echarse entre las matas para observar a la media luz de las noches de verano, leyendo señales y sonidos como un hombre puede leer un libro, y buscando ese algo misterioso que le llamaba…, ese algo que lo llamaba dormido o despierto, a todas horas.

Una noche despertó sobresaltado, los ojos luminosos, las aletas de la nariz temblando y aspirando el aire, la melena erizada. Desde la selva llegaba la llamada, más clara y definida que nunca: un largo aullido, parecido, aunque diferente, a cualquier grito emitido por los perros. Y Buck la reconoció como algo que había oído antes. Cruzó en silencio el campamento dormido y se internó en la selva. Al irse aproximando a la llamada, acortó la marcha, moviéndose con extremada cautela, hasta que llegó a un claro entre los árboles, y vio, sentado muy erecto y con el hocico señalando al cielo, a un flaco lobo de los bosques.

No había hecho ningún ruido; sin embargo, el lobo dejó de aullar y trató de descubrir su presencia. Buck salió del claro, medio agazapado, el cuerpo hecho un ovillo; la cola recta y rígida; las patas moviéndose lentamente. Cada uno de sus movimientos proclamaba amenaza mezclada con un avance amistoso. Era la tregua amenazadora que señala el encuentro de las bestias salvajes. Pero el lobo huyó al verlo. Buck le siguió a saltos, deseoso de alcanzarlo. El lobo se introdujo en el lecho de un arroyo seco y encontró que tenía cortada la retirada por un enorme tronco caído. Giró sobre sí mismo, como lo hacían todos los perros acorralados, rugiendo y erizando los pelos, abriendo y cerrando las mandíbulas en una rápida sucesión de mordiscos.

Buck no lo atacó, sino que se aproximó a cierta distancia y trató de hacerse amigo del otro. El lobo era suspicaz y temeroso, pues Buck pesaba tres veces más que él y era mucho más alto. Aprovechando una oportunidad, huyó de un salto, y se reanudó la carrera. Varias veces se vio acorralado y se repitió la escena anterior, aunque el lobo estaba en malas condiciones físicas, pues, de otro modo, Buck no le hubiera alcanzado tan fácilmente. Corría hasta que la cabeza de Buck le tocaba el flanco, y entonces se volvía hacia él para reanudar la huida a la primera oportunidad.

Pero al fin la constancia de Buck fue recompensada, pues el lobo, viendo que Buck no tenía intención de hacerle daño, finalmente restregó su nariz contra la del otro. Luego se hicieron amigos y jugaron a la manera nerviosa y medio tímida con que las bestias desmienten su fiereza. Después de cierto tiempo de esto juegos, el lobo emprendió la marcha a trote corto, demostrando claramente que se dirigía hacia algún sitio. También le hizo ver a Buck que debía seguirlo, y ambos corrieron lado a lado por el lecho del arroyo, en dirección al desfiladero en el que nacía la corriente y cruzando la vertiente desolada.

En la selva opuesta se encontraron con una región llana en la que había enormes extensiones de bosques y muchas corrientes de agua. Por esas zonas boscosas corrieron hora tras hora, mientras el sol se elevaba en el cielo y el día se hacía cada vez más caluroso. Buck se sentía enormemente alegre. Sabía que al fin contestaba a la llamada, corriendo al lado de su hermano salvaje en dirección al sitio desde donde seguramente procedía la llamada. Viejos recuerdos se despertaban rápidamente en su mente, y ya no veía en ellos sombras sino realidades. Ya había hecho esto en otra oportunidad, en algún sitio de este otro mundo vagamente recordado, y lo hacía de nuevo ahora, corriendo por la selva sobre la tierra no hollada por pies humanos.

Se detuvieron para beber en un arroyo, y al detenerse, Buck recordó a John Thornton. Se sentó. El lobo partió hacia el sitio de donde procedía la llamada, luego volvió a él, oliéndole la nariz y tratando de animarle para que prosiguiera la marcha. Pero Buck se volvió y emprendió la marcha del regreso. Durante casi una hora el hermano salvaje corrió a su lado, gimiendo suavemente. Luego se sentó, levantó el hocico hacia el cielo, y lanzó un penetrante aullido. Era un grito fúnebre, que Buck siguió oyendo cada vez más débilmente a medida que se alejaba y se perdía en la distancia.

John Thornton estaba comiendo su cena cuando entró Buck en el campamento como una exhalación y le saltó encima para demostrarle su afecto, haciéndole caer de espaldas, lamiéndole el rostro, mordiéndole la mano…, “haciéndose el tonto”, como solía describirlo Thornton, mientras que sacudía a Buck de un lado a otro y lo maldecía cariñosamente.

Durante dos días, con sus noches, Buck no abandonó el campamento; nunca dejó que Thornton se apartara de su vista. Lo seguía a su trabajo; lo observaba mientras comía; lo acompañaba hasta que se acostaba, y lo esperaba por la mañana al levantarse. Pero, al cabo de dos días, la llamada de la selva comenzó a sonar más imperativa que nunca. La inquietud volvió a dominarlo, y le abrumaban los recuerdos de su hermano salvaje y de la sonriente región al otro lado de la vertiente. De nuevo comenzó a vagar por los bosques, pero el hermano salvaje no regresó; y aunque escuchaba durante las noches, no volvió a oír el fúnebre aullido.

Comenzó a dormir en la selva durante la noche, permaneciendo lejos del campamento durante varios días; y en cierta oportunidad cruzó la vertiente y descendió a la región de los bosques y corrientes de agua. Allí vagó durante una semana, buscando en vano a su hermano salvaje; cazando su alimento a medida que viajaba, y viajando con su trote largo y fácil que parecía nunca cansarlo. Pescó salmones en una ancha corriente que se dirigía hacia el mar, y a sus orillas mató a un enorme oso negro al que habían cegado los mosquitos y que vagaba furioso por la selva. Aun hallándose su enemigo en esa condición, fue una lucha terrible, y despertó los últimos instintos salvajes de Buck. Y dos días después, cuando retornó a ese sitio y encontró a una docena de glotones riñendo sobre los despojos, los diseminó a dentelladas, y al huir dejaron a dos de los suyos muertos en el campo de batalla.

El anhelo de sangre se fortaleció más que nunca. Era un matador, una fiera de presa, que vivía de seres vivientes, sin ayuda; solo; en virtud de su propia fuerza y astucia, que sobrevivía triunfante en un medio ambiente hostil en el que sólo los poderosos podían mantenerse. Debido a esto, le dominó un gran orgullo de sí mismo, el que se comunicó como algo contagioso a su cuerpo. Se proclamaba en todos sus movimientos; era aparente en cada uno de sus músculos, y lo revistió de una dignidad hasta entonces desconocida. Si no fuera por las manchas parduscas sobre su hocico y sus ojos, y por el mechón de pelos blancos que le cubría el pecho, podría haber pasado por un lobo gigantesco, más grande que los más corpulentos de la raza. De su padre San Bernardo había heredado el tamaño y el peso, pero era su madre la que había dado forma a ese tamaño. Su hocico era el largo hocico de los lobos, sólo que era el más macizo que el de éstos; y su cabeza, algo más ancha, era la cabeza del lobo en una escala mayor.

Su astucia era la de un lobo salvaje; su inteligencia, la del perro pastor y del San Bernardo; y todo esto, sumado a una experiencia ganada en la más feroz de las escuelas, hacía de él una criatura tan formidable como cualquiera de las que vagaban por la selva. Era un animal carnívoro que vivía a dieta de carne, y estaba en la flor de la vida. Cuando Thornton le pasaba la mano por la melena; sus pelos se erguían como si quisiera descargar el exceso de vigor que poseía. Su cerebro y su cuerpo, sus nervios y sus músculos, armonizaban en forma perfecta, y entre todos ellos había un equilibrio que lo capacitaban para obrar en forma instantánea ante cualquier eventualidad. A los acontecimientos que requerían acción, respondía con la rapidez del rayo. Por rápido que fuera un perro-lobo para defenderse o atacar, Buck podía ser aún más veloz. Veía un movimiento, u oía un sonido, y reaccionaba en menos tiempo del que cualquier perro hubiera necesitado para enviar esos mensajes de los sentidos hacia el cerebro. Percibía, determinaba y reaccionaba en el mismo instante. En realidad, las tres acciones se sucedían; pero tan infinitesimal era el intervalo de tiempo entre ellas que parecían ser simultáneas. Sus músculos estaban sobrecargados de vitalidad y funcionaban como si fueran resortes de acero. La vida corría por sus venas como un torrente, y parecía que quisiera desbordarse por su cauce para derramarse generosamente por el mundo.

- Nunca he visto un perro como este – comentó John Thornton un día en que los socios observaban a Buck alejarse del campamento.
- Cuando Dios lo hizo, rompió el molde – dijo Pete.

- ¡Cristo! Lo mismo creo – afirmó Hans.

Lo vieron alejarse del campamento; pero no pudieron ver la transformación instantánea y terrible que se operó en él cuando estuvo oculto por la selva. No marchaba ya. Al instante se convirtió en una fiera salvaje, que se adelantaba suavemente, con pasos felinos: una sombra pasajera que aparecía y desaparecía entre otras sombras. Sabía él cómo aprovechar todos los escondites; como arrastrarse sobre el vientre como si fuera una víbora, y como saltar y abatir a su presa. Podía sacar a una chocha de su nido; matar un conejo mientras dormía, y apresar a las ardillas que se retrasaban un poco en su huída hacia los árboles. Los peces no eran demasiado rápidos para él, como tampoco eran demasiado cautelosos los castores que construían sus diques en el río. Mataba para comer, no por maldad; pero prefería comer lo que él mismo había matado. De modo que cuando lo dominaba el capricho de la caza, era su deleite acercarse a las ardillas hasta tenerlas al alcance de sus dientes, para dejarlas luego huir aterrorizadas hacia los árboles.

Al llegar el otoño, aparecieron grandes rebaños de alces que avanzaban lentamente para hacer frente al invierno en los valles mas bajos, donde el clima era menos riguroso. Buck ya había logrado matar a un alce joven; pero anhelaba una presa mucho mayor y más formidable, y la encontró un día en la vertiente en la que nacía el arroyo. Un rebaño de veinte alces había cruzado desde la región de los bosques y corrientes, y entre ellos se destacaba un enorme macho. Estaba el bruto de un humor salvaje, y con su estatura de casi dos metros, era un antagonista tan formidable como podía desearlo Buck.

Hacia todos los lados sacudía el macho sus enormes cuernos de más de un metro y medio de punta a punta. Sus ojillos brillaban con luces malignas, mientras que rugía de furia al ver a Buck.

De uno de sus flancos sobresalía el extremo de una flecha emplumada, la que explicaba su terrible estado de ánimo. Guiado por el instinto heredado de aquellos días de caza en el mundo primitivo, Buck se dispuso a alejar al macho del resto del rebaño. No era tarea fácil. Ladraba y se movía frente al macho, a corta distancia de los terribles cuernos y de las pezuñas que podrían haberle quitado la vida con un solo golpe. Incapaz de dar la espalda a ese peligro y seguir viaje, el macho se dejaba dominar por la furia. En esos momentos atacaba a Buck, el que retrocedía astutamente, atrayéndolo con su simulada incapacidad de escapar. Pero cuando lo tenía así separado de sus compañeros, dos o tres machos jóvenes atacaban también a Buck y permitían que el macho herido se reuniera al rebaño.

Existe en la selva una paciencia – obstinada, incansable, persistente como la vida misma – que mantiene inmóvil durante horas a la araña en su tela, a la víbora en el suelo, a la pantera en su emboscada; esa paciencia es prerrogativa especial de las fieras que cazan su alimento, y es la que mantuvo a Buck cerca del rebaño, retardando su marcha, irritando a los machos más jóvenes, molestando a las hembras con sus pequeñuelos, y volviendo loco de furia al macho herido. Durante medio día, continuó esto; Buck se multiplicó, atacando desde todos lados; envolviendo al rebaño en un huracán de amenaza; separando a su víctima con la misma velocidad como ésta se reunía a sus compañeros; agotando la paciencia de los acosados, que es mucho menor que la de los cazadores.

Al avanzar el día y caer el sol en su lecho del noroeste (había vuelto la oscuridad y las noches del otoño duraban seis horas), los machos jóvenes acudían cada vez con mayor desgano en ayuda de su acosado jefe. La llegada del invierno les apresuraba en su marcha hacia terrenos más bajos, y les parecía que nunca podrían quitarse de encima a esa incansable criatura que retardaba su marcha. Además, no se trataba de la vida del rebaño, de algún macho joven, sino de la de un miembro viejo, que no les interesaba ya mucho, y al fin se mostraron conformes de pagar el cruel diezmo.

Al caer la noche, se hallaba el viejo macho observando a sus compañeros que se alejaban a rápido paso por la espesura. No podía seguirlos, pues frente a su hocico saltaba este terror colmilludo que no quería dejarle en paz. Pesaba más de media tonelada, había vivido una vida larga y llena de luchas, y al fin se enfrentaba a la muerte representada por una criatura cuya cabeza no llegaba más arriba de sus patas.

Desde ahí en adelante, noche y día, Buck no abandonó su presa ni un momento, nunca le dio un segundo de descanso; no le permitido mordisquear las hojas de los árboles ni los retoños de los arbustos. Tampoco le dio oportunidad de apaciguar su ardiente sed en las delgadas corrientes de agua que cruzaron. A menudo, en su desesperación, el viejo macho huía velozmente. En esas oportunidades, Buck no intentaba alcanzarle, sino que corría fácilmente a corta distancia, satisfecho de que la forma en que se jugaba la partida, echándose cuando el macho se detenía; atacándolo fieramente cuando trataba de comer o beber.

La enorme cabeza se inclinaba cada vez más bajo el peso de sus cuernos, y su trote se hizo cada vez más débil. Comenzó a detenerse durante largos períodos, con la nariz pegada al suelo y las orejas caídas; y Buck tuvo más tiempo para beber y descansar. En esos momentos, jadeando con la lengua afuera y los ojos fijos en el enorme alce, le parecía a Buck que se estaba operando un cambio en el mundo. Sentía algo nuevo en a tierra. Como los alces entraban en las tierras bajas, también llegaba otra clase de vida. La selva y los arroyuelos parecían palpitar con su presencia. No se percató de esto por el olfato o la vista o el oído, sino en otra forma más sutil. No oía nada ni veía nada, sin embargo sabía que la tierra era distinta; que en ella había algo nuevo, y resolvió investigar esto en cuanto hubiera terminado lo que tenía entre manos.

Finalmente, al terminar el cuarto día de asedio, abatió al enorme alce. Durante un día y una noche permaneció al lado de su presa, comiendo y durmiendo. Luego, descansando y fuerte, se dispuso a retornar al campamento y a su amo. Comenzó a trotar rápidamente, hora tras hora, sin errar nunca el camino entre la espesura; dirigiéndose directamente hacia el campamento por entre la desconocida región con una seguridad que hubiera hecho avergonzar al hombre y su brújula.

A medida que avanzaba, iba notando cada vez más la nueva vida que florecía en la tierra. Era una vida distinta de la que existió allí durante el verano. Ya no eran sus emblemas sutiles y misteriosos. Los pájaros hablaban de ella y la misma brisa la susurraba. Varias veces se detuvo para aspirar con fruición el fresco aire de la mañana, leyendo un mensaje que le hizo aumentar la velocidad de su marcha. Se sentía oprimido por el presentimiento de una inminente calamidad, si es que ésta no había ocurrido ya; y al cruzar la última

vertiente y descender al valle en dirección al campamento, comenzó a avanzar con mayor cautela.

A tres millas del campamento encontró huellas nuevas que le hicieron erizar los pelos. Las huellas se dirigían al campamento y hacia su amo. Buck se apresuro, con todos los nervios en tensión, alerta a la multitud de detalles que le referían la historia… toda ella menos el fin. Su nariz le describió el paso de la vida a cuyos talones marchaba. Notó el oprimente silencio de la selva. Las aves habían volado. Las ardillas se ocultaban. Sólo una vio: gorda y de pelambre gris, aplastada contra un tronco caído de una manera que parecía formar parte integrante de la madera misma.

Al pasar por entre las sombras de unos árboles, su nariz se torció súbitamente hacia un lado, como si una fuerza irresistible la hubiese dirigido hacia allí. Siguió el nuevo olor hasta un matorral y halló a Nig. El perro yacía muerto con una flecha que le traspasaba el cuerpo de lado a lado.

A cien yardas más adelante, Buck encontró a uno de los perros que Thornton comprara en Dawson. El perro se debatía en los últimos estertores de la muerte, tirado sobre el camino, y Buck siguió la marcha sin detenerse. Desde el campamento sonaba el murmullo débil de muchas voces, que se elevaban y bajaban en un canto monótono. Arrastrándose hasta el borde del claro, halló a Hans, echado boca abajo, con el cuerpo acribillado a flechazos. En el mismo instante miró Buck hacia el sitio donde se elevara la cabaña de troncos y vio algo que le hizo que le hizo erizar todos los pelos del cuerpo. Una oleada de ira incontenible se apoderó de él. No se dio cuenta de que gruñó, pero lo hizo con terrible ferocidad. Por última vez en su vida permitió que la pasión usurpara el lugar de la astucia y la razón, y el gran cariño que sentía por John Thornton le hizo perder la cabeza.

Los Yeehats estaban danzando alrededor de las ruinas de la cabaña, cuando oyeron un horrible rugido y vieron que se les echaba encima un animal completamente desconocido para ellos. Era Buck, un huracán viviente de furia, que se arrojaba sobre ellos ansioso de destrucción.

Saltó sobre el más cercano (era el jefe de la tribu deYeehats), y con una sola dentellada le destrozó la yugular. No se detuvo a seguir mordiendo a su victima, sino que, con otro salto, destrozó la garganta de otro hombre. No había forma de contenerlo. Se revolvió en medio de sus enemigos, destrozando y matando, en constante movimiento que desafiaba las flechas descargadas contra él. Realmente, tan inconcebiblemente rápidos eran sus movimientos, y tan apiñados se hallaban los indios, que se hirieron unos a otros con sus propias flechas; y un joven cazador, que arrojó una lanza contra Buck, la sepultó en el pecho de uno de sus compañeros, con fuerza tal que el extremo se abrió paso hasta la espalda del otro. Luego el pánico se apoderó de los Yeehats, y huyeron hacia los bosques, gritando que había llegado el Espíritu Maligno.

Y realmente era Buck un diablo encarnado en la figura de un perro que les perseguía para seguir matándolos en su huida. Fue ese un día desastroso para los Yeehats. Se diseminaron por toda la región, y recién una semana después se reunieron los sobrevivientes en un valle cercano para contar sus pérdidas.

En cuanto a Buck, fatigado de la persecución, regresó al desolado campamento. Halló a Pete muerto entre sus mantas; asesinado en el primer momento de sorpresa ante al ataque. La desesperada lucha de Thornton se podía leer en la tierra, y Buck la fue siguiendo paso a paso hasta el borde de un profundo lago. Allí, con la cabeza y las patas en el agua, yacía Skeet, fiel hasta lo último. El mismo lago ocultaba el cuerpo de John Thornton, pues Buck no pudo hallar señales de que hubiera salido del agua.

Todo el día permaneció Buck a la orilla del lago o vagando inquieto por el campamento. Conocía a la muerte, y no ignoraba que John Thornton había muerto. Esa circunstancia le producía una sensación de vacío; algo parecido al hambre; pero un vacío que ningún alimento podría llenar. A veces, cuando se detenía a contemplar los cadáveres de los Yeehats, olvidaba su dolor; y entonces se enorgullecía de sí mismo. Era un orgullo más grande que cualquiera de los que experimentara antes. Había matado al hombre; la caza mas noble de todas, y lo había matado enfrentando a la ley del garrote y el colmillo. Olfateó los cuerpos con curiosidad ¡Qué fácilmente habían muerto! Era más difícil matar a un perro-lobo que a ellos. Si no fuera por sus flechas y sus lanzas y garrotes, no eran enemigos dignos de él. De ahí en adelante no les tendría temor ninguno, excepto cuando empuñaran sus flechas, lanzas o garrotes.

Llegó la noche y la luna llena se elevó por encima de los árboles, iluminando la tierra con su luz espectral. Y con la llegada de la noche, Buck sintió el despertar de una nueva vida en el bosque. Se paró, escuchando y olfateando. Desde la lejanía le llegó un agudo gañido, al que luego siguió un coro de sonidos similares. A medida que pasaba el tiempo los gañidos se hicieron más claros y cercanos. De nuevo reconoció en ellos los sonidos que oyera en aquel otro mundo de su memoria. Caminó hacia el centro del claro y escuchó. Era la llamada que sonaba más atrayente que nunca. Y ahora estaba listo para obedecerla. John Thornton había muerto. Su último lazo estaba roto. El hombre y sus afectos no le ataban ya.

Cazando su alimento, como lo hacían los Yeehats, en los flancos de los de los rebaños de alces migratorios, la manada de lobos había dejado al fin la región boscosa para invadir el valle de Buck. Penetraron como sombras plateadas por los rayos de la luna; y en el centro de claro se hallaba Buck, tan inmóvil como una estatua, esperando su llegada. Los lobos se sorprendieron al verlo tan corpulento y quieto, y sobrevino una pausa, hasta que el más audaz se le arrojó encima. Como un relámpago, Buck contestó el ataque, destrozándole la nuca. Luego siguió inmóvil, como antes, mientras el lobo herido se revolvía agonizante detrás de él. Otros tres trataron de abatirle en rápida sucesión; y uno tras otros se alejaron, manando sangre de sus innumerables heridas.

Eso fue suficiente para lanzar a todas las manada hacia delante, apiñada, confundida por su ansiedad por abatir a su presa. La maravillosa ligereza y agilidad de Buck le sirvieron de mucho. Girando sobre sus patas traseras, y mordiendo a diestra y siniestra, estaba en todas partes a la vez, presentando siempre el frente a todos con su inimaginable velocidad de movimientos. Más, para evitar que lo atacaran por detrás, fue retrocediendo poco a poco hasta el cauce del arroyo seco, y llegó un momento en que se recostó contra una de las altas orillas. Siguió moviéndose a lo largo de la orilla hasta llegar a un ángulo formado por un

accidente del terreno, y allí quedó arrinconado, protegido por tres partes y sin otro trabajo que defenderse de frente.

Y tan bien lo hizo que al cabo de media hora los lobos retrocedieron desconcertados. Todos tenían la lengua afuera, y sus colmillos brillaban con blancura salvaje a la luz de la luna. Algunos estaban echados observándole, con otros en pie, y otros bebían agua en un charco. Un lobo, largo y flaco, avanzó cautelosamente y en actitud amistosa, y Buck reconoció en él al hermano salvaje en cuya compañía corriera durante una noche y un día. Gemía suavemente, y al recibir la respuesta de Buck, restregó su hocico contra el de él.

Luego un viejo lobo, flaco y lleno de cicatrices, se adelantó. Buck frunció la nariz, preparándose para gruñir, pero restregó su hocico con el del otro. Al instante el viejo lobo se sentó en el suelo, levantó la cara al cielo, y lanzó un largo aullido. Los otros lo imitaron. Y ahora la llamada llegó a Buck con acentos inconfundibles. El también se sentó y aulló. Una vez finalizada la ceremonia, salió de su refugio y la manada se apiñó a su alrededor, olfateándolo con actitud medio amistosa y medio salvaje. Los jefes llamaron a la manada y se lanzaron hacia los bosques. Los lobos corrieron detrás de ellos, aullando a coro. Y Buck los acompañó, corriendo al lado de su hermano salvaje y aullando con ellos.

Y aquí podría finalizar la historia de Buck. No pasaron muchos años antes de que los Yeehats notaran un cambio en la raza de lobos del bosque; pues vieron algunos con manchas parduscas en la cabeza y hocico y un mechón de pelos blancos en el pecho. Pero los Yeehats suelen hablar de algo más extraordinario que esto: del Perro Fantasma que corre a la delantera de la manada. Temen enormemente a ese Perro Fantasma, pues su astucia es mayor que la de ellos, y les roba alimentos durante los crudos inviernos; les destroza las trampas; mata a sus perros, y desafía al más valiente de los cazadores.

Más aún: el relato se torna más excitante. Hay cazadores que no regresan nunca a sus cabañas y otros a los que los indios han visto con la garganta destrozada, y alrededor de cuyos cadáveres se ven huellas más grandes que las de cualquier lobo. Todos los otoños, cuando los Yeehats siguen la migración de los alces, hacen un rodeo para no entrar en cierto valle. Y hay mujeres que se entristecen cuando oyen decir que el Espíritu Maligno eligió ese valle para su morada.

Al llegar el verano, sin embargo, un visitante desconocido para los Yeehats visita ese valle. Es un enorme lobo de hermoso pelaje, parecido, y diferente sin embargo, a todos los otros lobos. Cruza solo la sonriente región de los bosques y baja al claro entre los árboles. Allí se ve una corriente de aguas amarillas que procede de varios sacos de piel de ante y se hunde en la tierra, entre las altas hierbas que han invadido todo y ocultan sus resplandores dorados de la luz del sol; y allí permanece durante un tiempo, lanzando un largo aullido fúnebre antes de partir.

Pero no siempre está sólo. Cuando llegan las largas noches de invierno y los lobos siguen su caza a los valles más bajos, se le suele ver corriendo a la cabeza de la manada, iluminado por la pálida luz de la luna o por las resplandecientes auroras boreales. Y su garganta se hincha cuando canta la canción del mundo primitivo: la canción de la manada.


editorial del cardo